

**maghenta**  
EDITORIAL

Caronte, tragedias  
con olor a canela

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición

© Federico Soler, 2007.

© Maghenta, S.L.  
Autovía de Madrid, Km. 315,700  
50012 Zaragoza  
Tel. +34 976 106 300  
Fax +34 976 106 301

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: XXX  
I.S.B.N.: XXX

Impreso en Zaragoza, España. XXX.

Caronte,  
tragedias con olor a canela

FEDERICO SOLER

A mis padres  
En su recuerdo

## EL PEQUEÑO BARQUERO

Quizá deba ubicar el comienzo de esta historia en aquel verano de los setenta, con aquella decena de pescadores aficionados, que rescataron un contenedor de los grandes, desembarcado por los gendarmes paraguayos en una de las islas del río Paraguay.

No les molestaba el contrabando Hormiga, las pequeñas cantidades de whisky o aparatos electrónicos, o quizá un poco más grandes de los que podían obtener alguna mordida. Pero ésta había sido descarada, todo un contenedor embarcado en uno de los grandes barcos que hacían el trayecto Asunción–Buenos Aires. Alguien a quien no se sobornó correctamente, dio el chivatazo y esperaron furiosos con sus cañoneras cerca de la desembocadura del río Paraguay en el Paraná, punto que hacía de frontera natural con Argentina.

Los pescadores, todos argentinos pero viejos conocidos de los gendarmes, tras años de trasiego por aquellos ríos, fueron testigos de toda aquella maniobra, y viendo que aquella enorme caja de metal, casi más grande que un vagón de ferrocarril quedaría abandonada en la costa tras ser vaciada de su contenido, la pidieron para construir con ella un refugio.

Los paraguayos accedieron, pero recelosos, enviaron todo un pelotón para “ayudar” en el traslado, ayuda que más que nada servía para mantener vigilados a aquellos dicharacheros pescadores.

Con pilastras de cemento lo elevaron del suelo, para prevenir las crecidas del río, le fabricaron una puerta y ventanas que se abrían desde adentro, con mallas metálicas para evitar los insectos, colocaron dentro una vieja cocina de leña, y literas metálicas traídas del cuartel, cubrieron el techo con troncos que a su vez cubrieron de adobe, prolongando en un largo alero delante, lo que impedía que el metal se recalentara con los soles despiadados del verano.

Concluyendo estaban toda aquella tarea, felices de ver aquella obra, con la seguridad de que la cercanía del puesto paraguayo y la solidez de puertas y ventanas prevenían cualquier robo, cuando su padre le acarició la cabeza salpicada del barro con que cubrieron el techo.

—Laváte un poco en el río, nos tendremos que ir.

—¿No vamos a quedarnos a pescar?

—No trajimos comida.

—Pero está puesta la cocina y leña tenemos, podríamos cazar algo, papá.

—Somos diez tipos, mas cinco soldados, ¿que podríamos cazar?

—Un ciervo.

Su tío “Ñato” se había acercado.

—Lo único que tenemos es mucho pan que trajeron los milicos. ¿De donde vamos a sacar un ciervo, aquí en la isla?

—Yo veo uno, tío, allá del otro lado.

Los dos hombres aguzaron la vista, sin alcanzar a ver nada. Los demás se acercaron.

—¿Que pasa, Gato?

—Este dice que ve un ciervo del otro lado...

—Sí, un macho de dos años.

—¡Macanas!

—Mi hijo no suele mentir.

—Si es cierto que lo ve, que le pegue un tiro él mismo –dijo otro de los hombres, haciendo sombra sobre sus ojos con la mano–. Yo no veo nada, y soy el único que no usa anteojos.

—La carabina no creo que tenga alcance –dijo el muchacho.

—¿Seguro que ves un ciervo? –insistió su padre– Somos muchos ojos...

—Caminó un poco pero está allí, tiene dos ramas de cuernos...

Uno de los soldados puso un máuser en sus manos. Apoyó el caño en un tronco, poniéndose de rodillas y apuntó. Los hombres rieron.

—Tiene huevos tu hijo, Gato...

—Solamente tenés una oportunidad, si fallás, se va a ir y quedas como un gran mentiroso...

—¡Como buen pescador! –rió su tío Ñato.

—No estoy mintiendo, carajo –dijo, apretando el gatillo.

El retroceso le causó un intenso dolor en el hombro, pero luchando contra las lágrimas, volvió a fijar la vista en el punto al cual había disparado. Descendió un poco la mirada hacia la arena amarilla delante de los carrizos. Un hilillo rojo serpenteaba hacia el río; entonces entrevió entre las ramas la cabeza herida.

—Hay que ir a buscarlo... Le acerté.

Los hombres miraron al chico, asombrados.

—¿Lo ves seguro?

—Está en el suelo. No se habrá arrodillado para esconderse de mí...

—Gato. Tu hijo seguro que es hipermetrope. No se puede ver tan lejos. ¡Vamos chico, a buscarlo antes que venga algún puma por el olor a sangre! Nos tenés que decir donde está.

—Fácil. Hay una lata flotante de algún mallón o maroma. Exacto a esa altura.

—La puta, ni siquiera vemos la lata, vení con nosotros.

El asombro aquel ardiente mediodía fue doble, la espectacular profundidad de la visión y la puntería. El animal recibió el balazo en el centro mismo de los ojos. Estos dos factores fueron determinantes de algunas de sus desventuras, aparte de su innata capacidad para meterse en líos.

Seis años pasaron de este suceso. El muchacho tenía ahora dieciséis años, y de no ser por la piel extrañamente dorada, y los ojos de ese verde lleno de extraños reflejos, característica de la familia de su padre, aquella paternidad podría ponerse en dudas ante otros aspectos físicos de aquel chico. Su cabello castaño y lacio, con extraños reflejos rojizos y el pelo que cubría gran parte de su cuerpo, decididamente cobrizo. No era adicto al deporte, sin embargo tenía anchas espaldas, brazos delgados, fuertes y fibrosos. Ya por entonces conocía todo el río y sus recovecos como la palma de su mano, había aprendido a manejar las armas largas con habilidad y de vez en cuando, al saberlo con su padre y otros en el refugio, acudían los oficiales paraguayos para invitarlo a cazar chanchos salvajes, tapires y hasta algún puma. Esto no era completamente de su agrado, pero sus compañeros de pesca insistían en la deuda moral que significaba que aquellos guardias de frontera los dejaban pasar sin resquemores y cuidaran de su querido refugio.

Por aquellos días acompañó a su padre en algunas extrañas aventuras. Cuando la veda del bellissimo dorado limitaba el número de presas, solían esquivar a la prefectura escondiendo el exceso en una playa secreta del lado argentino que sólo el grupo de amigos conocían, allí se quedaba uno a esperar con los peces enterrados en la arena hasta que los otros pasaran el control de los “maringotes” y se acercaran luego a recogerlo desde la carretera.

Este puede ser otro origen de la historia, siendo aquel que nombramos solo el aparente. La extraña aventura consistía en que su padre recogía por las noches en aquella playa algunas personas de mortificado aspecto y cubriéndoles con la siempre mugrienta lona de guardar la pesca los llevaba al lado paraguayo. Los guardias saludaban amistosamente al verlo atravesar la frontera y reconocerlo, dando a veces

a los gritos la localización de los cardúmenes o en su defecto, el sitio de mejor pesca. Su padre se aseguraba siempre de hacerse ver muy temprano por las mañanas en dirección al refugio, se apresuraba a cobrar presas y al anochecer volvía al lado argentino siempre dejándose ver por los guardias, a los que, si lo detenían, contestaba que volvía por carnada, dejando que se vieran las presas cobradas.

Aquellos pasajeros desembarcaban siempre en distintos sitios, aunque invariablemente su padre penetraba profundamente en los riachos con dirección noreste. Allí los dejaba y rápidamente desaparecían en la selva.

Luego volvían al refugio, donde los otros pescadores habían dejado peces vivos en la jaula de agua, los cuales recogían para dejar alguno a los gendarmes paraguayos al otro día. No era tonto y no tardó en darse cuenta que hacían algo peligroso: “Contrabando humano” se atrevió a pensar. Pero callado y discreto, se acomodaba en la proa de la veloz “Picolina” con la carabina muy cerca y sin dejar de otear la oscuridad delante suyo.

Aquel año el invierno había venido muy duro para lo que era el clima de la región. Adicto a la práctica del fútbol casi tanto como a la pesca, un “picado” al aire libre en una noche en que el cielo cargado anticipaba la helada, “Gato” entró a jugar fuerte sin precalentar. A la media hora un desgarró en los gemelos lo tenía aullando de dolor en la sala de urgencias del Hospital Escuela.

—Para mañana tenía una de esas salidas —dijo al muchacho cuando regresaban a casa.

—No estás en condiciones, papá...

—Con esa gente no se jode. Tengo que ir, sería la última...

—¿Te parece que yo puedo? Tendría que faltar a la escuela, pero como es viernes...

—Es peligroso...

—No hay alternativa, papá, además los gendarmes me conocen.

—No me preocupan los paraguayos, sino los argentinos.

—Puedo cambiar la ruta...

—Pero la boca del río está siempre en el mismo lugar.

—Dame los datos, papá y no discutamos más.

—Le voy a pedir al grandote Sorg que te espere en el refugio, si no llegás a la hora fijada, sale a buscarte.

—Bien, entonces tiene que saber mi ruta...

—Torrentoso adentro, no hay otra. Y vas a llevar la “Vanidosa”. Con el grandote probamos el motor, es un violín.

—Papá, es muy grande para mí...

—Pero es mucho más rápida que la picolina, y como no está inscrita y nos costó muy poco, si tenés que hundirla no perdemos casi nada.

Detuvo el coche en una esquina al oír esto.

—¿Porque hundirla?

—Hijo, esa gente está siendo perseguida. No sé por qué ni me importa, me paga bien y nos hace falta la guita. Los paraguayos nos conocen, pero si ves una cañonera argentina, te metés en un riacho y la hundís, siempre vas a ser más rápido, después esperás en la costa, te vamos a encontrar... si tuvieras que hacerlo.

—¿Cuántos tengo que llevar?

—Mañana van a ser seis, aunque pueden ser menos. Si son mas de seis, aparte del que les acompaña y queda en tierra, salí rajando.

—¿Donde los busco?

—En la primera ensenada pasando Punta Quieta, no te acerques hasta que veas la luz de un coche. Dos altas, dos bajas, una pausa y luego las de posición, entonces te acercás, ¡no pares el motor! Vos vas a ser Caronte, se te va a acercar un tipo y te va a tirar un paquete a bordo, pisálo y desarmale un poco una punta con el otro pie.

—Te vi hacer eso muchas veces...

—Es para no perder de vista al tipo y tener siempre una mano en la carabina ¡no te olvides de eso!, ves la guita en el paquete y entonces te acercás, nunca antes. Ese tipo te va a decir “hola, Caronte, barquero, yo soy Virgilio”. Cargás la gente y salís cagando...

El muchacho se quedó largo rato pensando. Se cerró la campera de cuero y volvió a poner en marcha el coche.

—Creéme hijo que me da mucho miedo mandarte, pero también tengo fe ciega en vos; y no puedo fallarle a esa gente... si no voy, pensarán que los delaté.

Al otro día, todavía, dolorido, Gato condujo el coche hasta Paso de la Patria, sabedor de que los controles camineros no permitirían el paso de un adolescente de corta edad conduciendo una pick-up.

La “Vanidosa” era un viejo lanchón de madera de los años cincuenta, que ellos mismos habían calafateado y reparado de sus viejas heridas. Un poderoso motor de 260 caballos le daba una increíble velocidad y una proa cubierta permitía una gran capacidad de carga. No lo habían inscripto aún en el registro de naves deportivas ya que el precio de la matrícula era en ese momento elevado para sus economías.

El muchacho cargó en el depósito de proa un pequeño calentador de gas, una potente linterna, una caja de herramientas y un completo botiquín, aparte de consumibles

esenciales que cada pescador que fuera a ocupar el refugio tenía obligación de llevar: sal, azúcar, yerba mate, aceite, harina y leche en polvo, vino y un poco de hielo.

Con el alma en un hilo, el Gato vio como con ayuda de algunos peones de la guardería de lanchas su hijo ponía el robusto casco en las castañas aguas de aquel amanecer. Todo estaba listo. Se acercó para despedirse.

—Torrentoso al fondo, ribera norte de la laguna parda, junto al agarrapalo, allí los bajás y te salís rajando... ahora que te vean los paraguayos, paráte y conversá un rato, tomá unos mates con ellos, que vean que no te apura nada. Te vas al refu y volvés al caer la tarde. A las nueve en donde te dije. ¿Te acordás?

—La primera ensinada pasando Punta quieta desde aquí, dos luces altas, dos bajas, pausa y las de posición. Primero el paquete y después la carga...

—¡Y no saques la mano de la carabina ni para rascarte un huevo!

—Tranquilo, papá...

—No, no estoy tranquilo. A la primera cosa rara, media vuelta y a casa, ya sabés.

—Volvete a casa, yo voy a regresar con el grandote.

—Él viene esta tarde. Le voy a decir que te espere en el refugio hasta las doce, ni una hora mas ni un minuto menos.

Puso proa al norte y aceleró. El motor respondió con un suave ronroneo, levantando apenas el morro hendió las marrones aguas; era tan veloz que por un momento temió no poder controlarlo. Pero era además firme y estable. Los primeros rayos del sol arrancaron brillos a la densa capa de fibra de vidrio y epoxi con que su padre, su tío y el grandote habían cubierto la madera. No había dentro la mas mínima gota de humedad. Sonrió orgulloso de su progenitor, mientras se acercaba a la costa paraguaya.

Tomó algunos mates con el jefe de los gendarmes, hizo una que otra broma sobre el accidente de su padre y al salir del cuartel, arrancó algunas ramas de malva que sabiamente los suboficiales habían plantado junto al austero edificio.

En el refugio se dedicó a la limpieza, abrió los portalones de los costados, desplegando las literas, barrió el piso de madera y revisó todos los rincones; esta era una tarea que se debía repetir cada vez que se accedía al contenedor cuando éste estuviera cerrado mucho tiempo, ya que serpientes, alacranes o arañas no encontraban ninguna barrera que les impidiera acceder al interior.

Bajo la escalera encontró una lata en la que aún sobrevivían dos lombrices, y con una línea de mano y una banqueta de lona, se acercó al río. Hacia el mediodía ya tenía dos virreynas para su almuerzo, cerró los portalones y encendió el fuego, comió tranquilamente, acompañando el pescado frito con buen vino. Luego echó insecticida, cerró puertas y ventanas y sacando una de las catreras plegables, se acostó a dormir la siesta bajo el alero.

Lo despertó el frío del atardecer. Entonces empezó a sentir inquietud... La luna era demasiado grande, la noche sería demasiado clara, y muy fría. Se puso el pasamontañas que solo dejaba visibles sus ojos, comprobó la carga de la carabina y le quitó el seguro, revisó el motor, comprobó la capacidad del depósito de la proa, metió los cajones metálicos de vino frente a la portezuela junto al volante, luego puso la lona desde la trampilla que se abría sobre el morro. “Aquí van a ir mis pasajeros” pensó. “Para verlos los milicos tendrán que levantar la trampilla, y desde la portezuela el vino y la lona no dejan ver adentro. Mi carabina a mi derecha, si alguno se hace el loco, lo bajo a quemarropa”.

Cuando caía la noche, oyó el motor de la lancha de Sorg a lo lejos y puso en marcha la “Vanidosa”. Avanzó hacia el Paraná a marcha lenta, con el reflector de proa encendido, para no llevarse por delante algún tronco flotando a la deriva. Su casco de madera no podía permitirse algunos lujos como los de fibra o aluminio.

Sorg se cruzó en dirección contraria y le saludó con el sombrero.

Al llegar a la desembocadura, vio que los paraguayos habían encendido el potente reflector sobre el mangrullo que dominaba la ancha boca del río. Nunca lo había visto funcionando y se asustó cuando la potente luz casi lo ciega. Por toda reacción, se cubrió los ojos con un brazo mientras saludaba con el otro. El guardia desvió rápidamente el haz al reconocerlo.

Ya en el Paraná puso proa hacia el este, acercándose a la costa argentina. Cuando reconoció la agresiva entrada pedregosa de Punta Quieta, volvió a torcer hacia el norte y siguió en línea recta hacia el centro del río. Miró hacia los cuatro costados y se sintió seguro de poder controlar perfectamente con la vista el canal y las dos costas, la profundidad de su visión en una noche tan clara le permitiría saber si alguien se acercaba y tomar los recaudos necesarios, encender su motor y huir amparado en la velocidad.

Cortó el contacto y agudizó la vista enfocando el margen derecho de la punta de piedra a lo lejos. “Alguna ventaja te tengo que sacar, amiga luna”. La lancha derivaba río abajo. Volvió a encender el motor y retrocedió. Nuevamente enfocó la vista. Repitió la maniobra una vez mas hasta que su mirada tropezó con lo que buscaba: Una breve línea blanca plateada por la luna, por encima del oscuro follaje que coronaba la pequeña playa. Echó el ancla y clavó la vista en ese punto. Solo él podía ver en esa distancia, siendo a su vez invisible para quien estuviera en la costa. La línea blanca era el camino, única forma de llegar a Punta quieta de forma tal que con aquella luna, un vehículo irrumpiría como un punto oscuro que borraría por un instante aquel trazo. Sería el momento de recoger el ancla y acercarse lentamente, con las luces apagadas a esperar la señal.

Volvió a comprobar la carabina. Se dio cuenta que con el grueso guante de cuero no movía muy bien el índice en el gatillo. No dudó un instante, se quitó el guante y le cortó con el pesado cuchillo de pesca el dedo molesto. Entonces, como una luz que parpadea, el breve trazo de plata desapareció por un segundo. Miró su reloj: menos cuarto.

Controló el temblor de sus piernas y puso en marcha el motor. “No es miedo, son solo nervios” se dijo a sí mismo. El ronroneo le trajo tranquilidad, miró a ambos lados y hacia atrás y enfiló la proa hacia el lado derecho de la punta de piedra. Allí no sería visible para sus pasajeros pero él sí los vería a ellos.

Echó el fondo con suavidad para no hacer ruido. El río estaba tan manso que parecía de aceite. Dos metros y poco más. Se echó sobre la proa con el arma enfilada hacia la corta barranca cubierta de vegetación. De allí a la blancura de la arena, un blanco perfecto... volvió a mirar su reloj. Una figura humana renqueante se recortó sobre la playa, luego otra y otra, hasta siete. Se afirmó sobre la carabina intentando controlar el temblor de sus piernas.

Entonces, desde la barranca, llegó la señal: Dos luces altas, luego dos bajas, tres segundos después guiñaron las luces de posición.

Con todo el cuerpo temblando, descendió hasta el volante y, con la mano en la llave de contacto, contó las figuras de la playa. Siete, con uno muy adelantado, al borde mismo del agua. Recogió rápidamente el fondo y puso en marcha el motor.

Se acercó a unos tres metros de la playa y echó la linterna encendida al suelo, puso el punto muerto y poniéndose de pie, empuñó la carabina. El de la playa levantó su brazo derecho con algo abultado en la mano, vacilando. El muchacho comprendió que no veía muy claro el bote, entonces giró ofreciendo la banda de babor.

El paquete cayó junto a la linterna encendida. Lo pisó con el pie izquierdo mientras con el caño del arma rompía el papel en una esquina. Desvió un segundo la mirada. Un fajo de billetes verdes... bien. Pero no había santo y seña...

Giró la lancha ofreciendo la popa, muy nervioso.

—Hola Caronte, barquero. Yo soy Virgilio —dijo el hombre, casi gritando.

Puso la primera marcha, dando un breve empujón para varar suavemente en la playa.

Los que estaban mas atrás se acercaron corriendo, pero él los detuvo con un gesto de la mano. Como advirtió que subirían al bote sin hacerle caso, levantó la carabina y separó las piernas.

—¿Que pasa? —dijo el que había arrojado el paquete.

Entonces abrió la trampilla con la mano izquierda, mientras afirmaba con la derecha la culata en su cadera.

—Entren ahí.

Entraron dos, pero el tercero, cojeante, sacudió la cabeza.

—Nos vamos a asfixiar.

—Hay aire suficiente, señor; y usted no está en condiciones de elegir...

Se apretujaron cinco, entre quejidos, pero la sexta persona vaciló, con la rodilla ya puesta sobre las tablas de proa.

—Yo no quepo —dijo una voz de mujer.

—¡No entra, no entra! —gritaron desde adentro.

El muchacho cerró la trampilla y agarrando la lona, se la extendió a la mujer.

—Suba y tápelos para que no se les vea por esta puerta.

La mujer subió, mientras el otro hombre empujaba el bote.

—Estás muy precavido, barquero.

—Encendieron el reflector...

—Si no te gusta la cosa date la vuelta.

—No voy a cambiar los pingos en mitad de la carrera.

—Valiente muchacho. ¡Andáte de una vez!..

Puso la marcha atrás y alejó el bote de la costa, cambió la marcha y puso proa a las islas.

—Usted siéntese —ordenó a la mujer.

Aceleró y en un ronroneo, el poderoso motor llevó el bote al centro del río. Giró hacia estribor y pronto tuvo a la vista Itá Pirú y la boca del Río Paraguay.

Como una bestia gigantesca sorprendida, el poderoso reflector se volvió amenazante hacia “la Vanidosa”.

Se acercó lentamente a la costa. Tres gendarmes paraguayos esperaban en el diminuto embarcadero.

—¿Mbaé pa, mbaracayá'í<sup>1</sup>? —dijo uno, mientras enfocaba con su linterna la cara embozada del muchacho.

—De vuelta. No consigo buena carnada.

—El grandote está allí, en el refugio. Pero tiene morenitas, y al surubí le gusta el cascarudo. Tenemos unos pocos en un valde... ¿querés?

—Bueno. Si saco grandes, te traigo uno...

Uno de ellos se acercó con la carnada, mientras el tercero recorría el bote con la linterna. El haz de luz se detuvo en la mujer. Ella rodeó la cintura del muchacho con su brazo.

—No creo que pesque mucho esta noche —dijo con su voz grave, apoyando la cabeza en su hombro.

---

1. Idioma Guaraní: *¿Cómo estás, Gato pequeño?*

El muchacho sintió nuevamente el temblor en sus piernas, mientras el profundo olor a cabello sucio atravesó la lana del pasamontañas hacia su nariz.

Los gendarmes rieron con picardía.

—Capáz que el grandote vuelva temprano hoy...

—Así te deja el refugio —continuó el otro.

Empujaron con los pies el bote que rápidamente tomó el centro del río. Encendió el faro de proa y navegó cuidadosamente esquivando troncos y embalsados flotantes que derivaban en la corriente. Miró hacia la mujer y vio como la luna plateaba un bello rostro ligeramente oval, de grandes ojos claros, enmarcados por una tupida y negra melena ondulada.

—Gracias —le dijo suspirando.

—No me agradezcas. Estaban inspeccionando tu bote, barquero. Si no me hago la caliente no desvíó su atención.

—Por favor, ábrales y sáqueles la lona de encima, que vayan saliendo hacia acá.

Los hombres salieron, uno a uno, llenándose los pulmones del frío aire nocturno. El muchacho les ordenó acomodarse de a pares, en cada banda para no desequilibrar el bote, sin quitar la mano derecha de la carabina ni la izquierda del volante.

Pasó frente al refugio, iluminado por las lámparas que alimentaba el pequeño generador. Una linterna se encendió y apagó a lo lejos y él respondió con la suya.

Pronto se encontró frente a la boca del riacho torrentoso. Miró su reloj. La velocidad de “La vanidosa” le había adelantado en una hora de la fijada para la cita. Se acercó a unos árboles de la costa y amarró. Cuando volvió a su sitio, sus pies resbalaron en algo viscoso. “Una pérdida de aceite”. Pensó mientras empuñaba la linterna.

Sus pasajeros lo observaban en silencio mientras recorría el suelo con la luz. Un pequeño charco de sangre junto a la pierna de uno de ellos. Iluminó la cara contraída por el dolor.

—Usted está herido.

—No es nada, no es muy profunda.

—¿Me deja ver?

—¿Qué? ¿Sos médico vos?

—No. Pero tengo un botiquín. Muchas veces nos lastimamos pescando... Los anzuelos infectan. ¡Bajese el pantalón!

—No me hinches las pelotas, barquero del infierno...

Volvió hacia la proa y trajo consigo el maletín donde guardaban jeringas, vendas y antibióticos. Recordó las dolorosas heridas que producían las rayas de agua dulce y lo mucho que aquel maletín ayudó en aquellos casos.

—Bájese el lompa<sup>2</sup>. No va a poder atravesar la selva así.

El hombre obedeció a regañadientes. Sus compañeros le ayudaron, moviéndolo con cuidado.

El agujero estaba en la cara interior del muslo, no era muy grande, pero sangraba con abundancia. El muchacho volvió hacia la proa y trajo el calentador de gas consigo, lo encendió y puso a hervir una taza metálica con agua, donde echó las hojas de malva, luego se lavó las manos con jabón y después con alcohol.

—¿Me vas a dar te?

—Le voy a lavar con agua de malva. Suele desinfectar muy bien...

—¿Y eso le va a servir de algo? —preguntó uno de los hombres.

—No sé todavía —contestó el muchacho introduciendo su dedo meñique en la herida.

El hombre gruñó de dolor.

—Eso mismo, aguante, no le conviene gritar. No está muy lejos, señor, puedo sacar la bala con una pinza de pico largo.

—Y lo que no pudo la bala, lo va a poder el tétanos...

Sin contestar, el muchacho volvió a la proa y buscó entre las herramientas. Trajo una pinza de pico largo y delgado y la puso sobre la llama, bajo la taza cuyo contenido hervía.

—Bueno, el barquero del infierno no es nada pavo...

—Pero nos lleva al infierno...

—Ustedes eligieron —contestó.

—Dame algo para morder, barquerito, sospecho que me vas a hacer aullar...

—Muérdase el cinto. Ustedes agarrenle los brazos y las piernas.

Apagó el fuego y esperó a que se enfríe la pinza, mientras echó unos trozos de gasa dentro de la taza. Preparó vendas elásticas y cargó una jeringa con una ampolla de 1 gramo de penicilina, la que clavó sin avisar en el muslo junto a la herida. El hombre se sacudió de dolor, mientras la mujer acudía a ayudar al que lo sujetaba. El olor a suciedad cuando ella pasó a su lado le obligó a desviar la cara.

---

2. Lompa: Jerga Juvenil: *Pantalón*.

Con la gasa empapada, lavó la boca sangrante, echó mas gasa al agua y agarró la pinza.

—Un centímetro mas y le agarra la femoral, señor... Muerda el cinto que allá voy. Agárrenlo bien fuerte.

Se santiguó y mientras rezaba mentalmente un padrenuestro introdujo la punta de la pinza, buscando el borde de la bala. El hombre temblaba, gruñía y sudaba copiosamente. De un seco tirón, el muchacho extrajo el brillante proyectil de cromo níquel y lo puso en la mano del hombre. Volvió a lavar la herida y haciendo una masa con las hojas hervidas la puso entre dos gasas, con la que oprimió el agujero, cubrió todo con tela adhesiva y luego, con ayuda de los demás, rodeó el muslo con la venda elástica. Se volvió y preparó otra jeringa.

—¿Mas pichicata? —preguntó el hombre, al que un grueso lagrimón le rodaba por la mejilla izquierda.

—Lo solemos usar contra la picadura de raya. Es para el dolor.

—Tenés bien puesto el apodo, barquero...

—¿Vos sabés de donde viene?

—Canto tercero del Dante —contestó.

Los hombres se miraron mientras volvía a clavar la aguja.

—Tiene cultura, no como ustedes —dijo la mujer.

—Vas a ser un buen médico... dejáme ver tu cara —dijo el hombre.

—No.

—Entonces alumbráte los ojos; juro que no los voy a olvidar mientras viva... si salgo de esta.

El muchacho apoyó la linterna en el mentón. El hombre clavó su mirada atormentada en los límpidos ojos del muchacho.

—Nos tenemos que ir. Señorita, por favor suelte el cabo.

Puso en marcha el motor y se introdujo en el riacho, avanzando lentamente entre los meandros y con las piernas temblándole incontroladas. Pronto llegó a la laguna interior. Bordeando el margen izquierdo divisó el inmenso agarrapalo, con sus retorcidas raíces elevándose por encima del nivel del agua. Apagó el motor y acercó la proa a la barranca lodosa.

—Cruzamos el Acqueronte, señores pasajeros. Se tienen que bajar...

Los hombres se incorporaron y uno a uno, fueron saltando a tierra. El herido se apoyó en el hombro del muchacho apretándole levemente.

—¡Que buen guerrillero serías, valiente barquero!

—No es mi estilo de arreglar las cosas, señor. Que tenga suerte.

La mujer se detuvo a mirarlo por un instante. Se inclinó y le besó entre los ojos.

—Yo tampoco te voy a olvidar. Chau, lindo barquero.

Empujó el bote con un remo alejándose en cuanto los vio perderse entre los árboles. Dejó que la corriente lo arrastrara unos metros y se ocultó en los carrizos. Suspiró sintiendo un gran alivio. Miró su reloj: Las once; no podía perder mucho tiempo, a las doce Sorg se alarmaría y saldría en su búsqueda.

Buscó un trapo y limpió afanosamente la sangre del suelo. Abrió la trampilla y atacó la que había quedado pegada en el depósito de proa. Recogió las jeringas y las ampollas vacías, limpió y guardó la pinza, sin dejar de temblar. Envolvió los restos en el trapo, introdujo en él una gran plomada y ató todo con alambre; luego lo arrojó con todas sus fuerzas al centro de la laguna.

Entonces oyó los disparos. Primero dos secos taponazos, luego el ladrido de ametralladoras. Temblando, elevó la cabeza por encima de los carrizos. Oyó algunos gritos apagados, pero no vio nada. Agarró el remo y empezó a impulsarse buscando la boca del riacho, tratando de hacer el menor ruido posible, pero el sonido de ramas al quebrarse un poco más adelante de donde se encontraba casi le hace caer al agua del susto.

Un cuerpo se debatía entre las ramas de una espina de corona y caía inerte entre la vegetación. Se aferró a la carabina y apuntó. No se movía. Su primer impulso fue encender el motor y huir rápidamente de allí. Pero ya con la mano en la llave comprendió que haría demasiado ruido. La corriente ya lo había llevado junto al bulto enredado en las plantas. La luna plateó la negra cabellera de la mujer. Volvió a mirar hacia atrás agudizando el oído. Nada.

Se inclinó por la borda y atrapó con la mano el cuello de la campera de jean. Respiraba, pero estaba inconsciente. La levantó con gran esfuerzo pensando que producía un ruido infernal y la metió en el depósito de proa. Tenía la boca del riacho delante y se impulsó agarrándose por las ramas de los árboles. Cuando estuvo seguro que la vegetación lo ocultaba de la luz de la luna, encendió el motor y huyó todo lo rápido que le permitía el estrecho canal y las ramas.

El grandote Sorg estaba en la costa, fumando nervioso. Prefirió no decirle nada de su carga, pensando que si luego era cadáver, encontraría la forma de deshacerse de él u ocultarlo en la selva. Estaba descompuesto por la tensión y el cansancio.

—Puse la olla grande a hervir agua y preparé el palanganón para que te des un baño, después nos vamos.

—Yo me quedo. Quiero dormir...

—Tengo que decirle algo a tu viejo...

—El lunes es 25 de mayo, no tengo clase, me quedo a pescar. ¿Va a venir alguien de los otros?

—No creo, demasiado frío —Arrancó el papel de plata del paquete de cigarrillos— escribíle algo a tu viejo para que esté tranquilo.

—Le escribo en este paquete que le vas a llevar...

El otro le tendió un lápiz.

“Papá, estoy bien, no te preocupes. Me quedo hasta el lunes.”

—Espero que tu viejo se deje ya de este asunto. ¿Cómo va a saber que no le mentís? No tenés muy buena cara.

—Estoy reventado. Si no estuviera bien, le escribiría bien con “v”. Así nos entendemos nosotros.

—Yo me voy. Bañáte y acostáte. En la jaula chica hay pescado y te dejé comida. Portáte bien.

—Tranquilizáme al viejo. Gracias por venir a esperarme.

—Soy el único que sabe este asunto... Chau.

Esperó a que el sonido de la lancha desapareciera y sacó a la muchacha. El refugio estaba cálido y limpio. En la cocina hervía el agua en la gran olla de regimiento. En el centro de la estancia esperaba la palangana cargada hasta la mitad. La dejó en el suelo y se arrodilló a observarla. Oprimía algo en la mano derecha. Se la abrió no sin esfuerzo. Una jeringa, se había inyectado algo, su sueño no era normal. La arrastró hasta dejarla junto a la enorme cocina de hierro y agregó un poco de leña. Allí no pasaría frío, a pesar de estar mojada. Se volvió a buscar una manta cuando se dió cuenta, olía muy mal. El hedor inundaba el recinto. Por cansado que estuviera, le sería imposible dormir aguantando aquello.

Comenzaba a desvestirla cuando oyó el inconfundible zumbido de las motoras paraguayas. Su ropa tenía mugre de semanas, tendría que darse prisa por si a los gendarmes se les ocurría hacerle una visita.

Mezcló el agua hirviente con la que ya había en la gran palangana e introdujo el cuerpo desnudo, sacando la ropa fuera del refugio y poniéndola en un barril con mucho detergente.

Se admiró de la belleza de aquel cuerpo mientras la frotaba con jabón de lavar ropa. Enjabonó con suavidad el sexo y rio para sí mismo: “Mirá al barquero pescador lavándote la concha que te huele a pescado podrido, muñeca”. Le lavó también los cabellos y se los ató en la nuca, preguntándose que haría con ella cuando despertara. Se estremeció: ¡Si se despierta!

Terminó satisfecho su tarea y la arrastró hasta las literas, allí la tumbó y cubrió con una manta, luego se acercó a la cocina y buscó algo para comer.

—¡En que lío me estaré metiendo! —se dijo.

Mientras devoraba el pescado frito que le había dejado Sorg, observó a la muchacha con detenimiento. Recién entonces se puso a reflexionar sobre la magnitud del problema en que se había metido. ¿Y si la estaban buscando? ¿Y si aparecían sus compañeros? Se estremeció y sacó de la conservadora una botella de vino. Bebió directamente de la botella. No habría sido moralmente correcto dejarla ahogarse. ¿Y si no despertaba? ¿Qué haría con el cadáver? Se acercó y apoyó su oído en el pecho de la muchacha. Su sueño no era normal, pero no sabía definirlo. Quizá, cuando pasara del sueño de lo que se inyectó a la normalidad, su respiración cambiara. ¡Eso! Esperaría a que se normalizara su respiración, a que roncara. Volvieron sus temores. Podían haberlo seguido. Salió del refugio y apagó el generador. Volvió adentro, encendió un “sol de noche” y se aferró a su carabina.

Los paraguayos lo vieron con ella. Si no despertaba tendría que deshacerse del cadáver... ¿Qué explicación daría al regresar sin ella si lo paraban en Itá Pirú?

Sintió el efecto del vino. Oyó el zumbido lejano de una motora paraguaya. Venía desde la derecha... Quizá desde el Torrentoso, la Laguna Parda. El sonido se acercaba. Se asomó a la ventana. Ya varaban junto a La Vanidosa... Cuatro hombres saltaron a tierra; dos, linterna en mano, se pusieron a inspeccionar la lancha. Los otros dos caminaron tranquilamente y se detuvieron bajo el alero. Comenzó a temblar cuando reconoció sus voces: El Capitán Said y el teniente Marecos. Cerró con suavidad la ventana y comenzó a desvestirse, pegado el oído a la pared metálica.

—Estos argentinos son unos cretinos...

—Se habrán perdido, Capitán, y los guerrilleros no vinieron...

—O les estaban esperando. Por no aceptar nuestra ayuda, quizá mandaron su gente al degüello.

—El grandote pasó solo. Y el hijo del gato con la chica.

—¿Vos le viste a la muchacha?

—¡¡Siii!! Muy linda, pero con una pinta de sucia...

—Este vino a cojer...

—¿No será...?

—No son pavos los subversivos, Marecos, no van a mandar a una criatura. Yo estudié en Buenos Aires, a los milicos argentinos les pierde el creerse mas vivos que nadie.

El muchacho sudaba copiosamente. Oyó acercarse a los otros dos.

—Mi capitán, la lancha está limpita, nada sospechoso, pero no bajó nada de la carga. Estuvieron pescando, tienen algunos bichos en la jaula.

—Tenía apuro por mojar. Se habrá puesto a cenar con el grandote y a convencerle para que se vaya. ¡Traigan un farol de batería! —Golpeó la puerta con el puño— ¡¡Mbaracayá!!

El muchacho tiró su ropa a un rincón y desordenó su cabello, dándose pellizcos en los párpados para que parecieran hinchados. Abrió la puerta.

—Señor Said... Buenas noches.

—¡Mbaé pá! Te despertamos.

—Entre, que hace frío, Capitán —corrió a dar mas potencia al farol.

El gendarme hizo una señal con los dedos y dos milicos se plantaron a ambos lados de la puerta. Entró y observó a la muchacha dormida.

—La dejaste muerta. ¡Sos un tigre!

El muchacho palideció.

—Si te vas a poner así cada vez que te cojas una nena como esa, andá cortándote los huevos. ¡Puf! Acá hay un olor a hembra que voltea. Vamos a abrir las ventanas, no sea que te vayas a asfixiar por unos polvos.

Sacó dos vasos mientras el hombre abría las ventanas. El frío aire de la noche entró a raudales.

—¿Ya cenó señor?

—El vino te voy a aceptar. Vengo a verte porque me parece una temeridad que te dejen solo. ¿No oíste alguna lancha?

—No, señor... Yo... —miró hacia la muchacha.

Said sonrió con picardía y se sentó frente a la mesa, junto a la cocina.

—Ya te entiendo —bebió el vaso de vino—. Tus paisanos milicos esperaban algo gordo, pero no sabían ni donde ni como, parece que el asunto les salió mal.

—¿Algo feo, señor?

—Jodido. No estoy tranquilo si te dejo aquí solo.

—Agarro mi lancha y me voy...

—No. El río está peligroso de noche. Vamos a hacer otra cosa.

—Lo que usted diga.

—Voy a poner una lancha con milicos al otro lado del río. Te dejo un farol de batería. Si viene alguien, con disimulo, lo apagás. En dos minutos estamos aquí sin ruido.

—¿Quien puede venir?

—No importa. Pero si alguien tiene que escaparse, no arreglamos nada con que nos vean aquí. Le saqué la batería a tu lancha, la ponemos aquí adentro... Y escondí la carabina.

—Me deja asustado.

—Tranquilo, mbaracayá, te cuidamos... Y te aconsejo que te bañes, estás jediendo a caballo que no se aguanta.

Abrió la puerta y le alcanzaron el farol que colocó en la ventana. Volvió a acercarse a la muchacha que dormía.

—Es preciosa... ¡Tigre! Escuchá como ronca...

Repentinamente, aliviado al oír esto, el muchacho sintió todo el peso del cansancio descender sobre sus hombros. Said se sacó la pistola de la cintura.

—Tomá, escondéla al alcance de tu mano. Cuando pases de vuelta, me la devolvés. Nosotros nos vamos, cerrá bien la puerta, y mirá bien por la ventana si oís algo, antes de abrir.

—Gracias, Capitán.

—Tené cuidado y no cojas mucho, hacéla durar...

Lo despertó el frío del amanecer entrando por la ventana abierta. La mujer roncaba y se había vuelto hacia la pared. El olor de su propio cuerpo al moverse entre las mantas lo terminó de despavilar; Said tenía razón: su sudor tenía un olor muy agrio.

Avivó el fuego y echó un poco más de leña. Miró por encima del farol hacia el río. Los paraguayos se habían ido. Lo apagó y buscó en el armario junto a la cocina una cafetera y algo de pan.

Afuera el sol era brillante, pero el viento helado. Casi tropezó con el barril que había dejado la noche anterior. Sacó una mesa y se dedicó a la tarea de lavar la ropa de la chica; el detergente había ahorrado parte del trabajo, aunque le costó remover las aureolas renegridas de la ropa interior. Ató un cordel bajo el alero y colgó allí todo, confiando en la fuerza secadora del viento. Volvió a entrar en busca de una toalla y el jabón. Arrastró la palangana y una vez afuera volcó el agua. Se asombró de lo oscura que había quedado.

Buscó bajo el refugio la gran jaula para perros plegada que solían usar para peces grandes. La llevó junto al río, la armó, la metió en el agua y la ató por la rama de un árbol; acto seguido se desnudó y se introdujo en ella con el jabón en la mano.

El agua estaba fría, pero sintió que con sus temblores soltaba la tensión que había acumulado la noche anterior. Cegado por el jabón en la cabeza, no advirtió la presencia que lo observaba desde la costa.

—Parece que tu vocación es salvar vidas sin pensar mucho en la tuya, Barquero.

Metió rápidamente la cabeza en el agua para liberar sus ojos. La muchacha estaba envuelta en las mantas que sostenía con una mano mientras con la otra se soltaba el cabello.

—Bu... buenos días...

—Buen día. ¿Qué hacés con este frío metido en esa jaula?

—Me protege de las palometas, podrían mordirme el...

Ella rió. Su piel era de un claro moreno y entre un resquicio de las mantas entrevió algo de su bello púbcico. Mucho mas hermosa a la luz del día, pensó el muchacho.

—Voy a salir, si quiere puede darse la vuelta.

—No. Me viste en pelotas, me bañaste... ¿Y ahora tenés vergüenza de mi? Vos me viste y yo te veo.

Salió y se envolvió en la toalla, vistiéndose luego tan rápido como pudo.

—Lindo cuerpito, barquero.

—Usted es mas linda... Su ropa se va a secar pronto. Puedo prestarle algo de lo que tenemos en el refugio.

—No me trates de usted.

—¿Cómo te llamás entonces? Yo...

—No te conviene saber mi nombre, ni que yo sepa el tuyo. Llamáme pasajera, yo te llamaré barquero.

El muchacho la miró con asombro.

—Pueden torturarte hasta que digas mi nombre, o torturarte además por puro gusto; igual a mi...

Un helicóptero pasó en dirección al norte, luego vieron dos motoras paraguayas en dirección contraria. Sus ocupantes saludaron con los brazos.

—Esos buscan tus pasajeros.

—Ya estuvieron anoche. ¿Qué pasó?

—Tampoco te conviene saber. ¿Qué les dijiste?

Caminaron los dos hacia el refugio.

—Creen que vinimos a cojer...

Ella se detuvo en la puerta y lo miró a los ojos.

—¿Y me cojiste?

—No. No soy de ese tipo de gente. Te bañé. No podía dormir con el olor que tenías.

Ella descolgó su bombacha del cordel y entró al refugio. Dejó caer las mantas y se la puso sin pudor.

—Está casi seca. Prestáme una camisa.

—Puedo darte un pantalón, solemos dejar ropa por si acaso.

—No me importa que me veas las gambas, barquero. Acá está calentito.

Le sirvió café y un poco de pan.

—Gracias. Te juro que estoy cagada de hambre.

—Después cocino pescado. Anoche comí todo lo que me dejaron.

—¿Cuánto nos podemos quedar escondidos aquí?

—El lunes a la tarde tengo que volver.

—No te vas a enojar si te pido para quedarme.

—No. Creo que no tengo alternativa. Tengo que llevar la farsa ante los paraguayos hasta lo último...

—Entonces no importa que mi bombacha no esté bien seca, si me la voy a sacar... Te debo la vida.

El muchacho enrojeció.

—No soy persona de cobrarme de esa manera.

—Además de valiente tenés dignidad. ¿Cuántos años tenés?

—Dieciséis.

—Y ya salvaste dos vidas. Lo que te pueda dar yo, es poco premio.

—Tu compañero sobrevivió al tiroteo de anoche, entonces.

—No se, fue muy rápido todo. Pero no era mi compañero, esos eran del ERP, y yo fui... Soy montonera.

Se sentó frente a ella y la miró asombrado.

—No son del mismo signo. ¿Se escapan juntos?

—En la trinchera no hay ateos, Barquero lindo, y de noche todos los gatos son pardos. Cuando Graciela Burgos me contactó no me habló de compañeros de viaje.

Frunció el ceño y se mordió los labios. Manoteó el aire delante de sus ojos, como si espantara moscas. El muchacho advirtió la tensión en su mirada.

—Disculpáme por mi pregunta, pasajera —le pasó la mano por el cabello—. Creo que te hice hablar de más.

—Fueron muchos días, siempre escondida y siempre escapando —dijo casi llorando—, estoy agotada y hambrienta. Por favor no me hagas hablar... No te conviene saber mucho, por tu seguridad.

—Tranquilizáte, por favor. Te voy a dejar sola para que te relajes, voy a buscar pescado para comer.

—Gracias.

El muchacho agarró la carabina escondida tras el armario y caminó hasta la litera, a buscar la pistola escondida bajo la almohada.

—Barquero...

—¿Si?

—No me malinterpretes. La pasé muy mal, y entre tanta gente jodida me encuentro un ángel como vos... No mentí con lo de la bombacha. Me gustás. ¿Sabés?

El muchacho caminó hacia la puerta, turbado por lo que había oído. Se detuvo y la miró... Hermosa.

—¿Te cogés a todo tipo que te gusta, aunque sea una criatura?

—Es la primera vez que un ángel me saca del agua, me salva la vida, me baña, cuida mi sueño... y miente por mí.

—Es demasiado. Todavía no crecí tanto... Y no estoy en este lío por gusto.

—Sos todo un hombre —dijo ella llorando—. ¡Un macho con un par de pelotas!

Fue hasta la jaula y sacó de ella dos robustos armados. Estaba tan profundamente turbado que no oyó la motora paraguaya acercarse a la costa. Un gendarme se acercó a él cuando ya volvía al refugio.

—Traemos pan para el cuartel. ¿Vos tenés?

—¿Podés dejarme uno?

—Claro. Y dice el capitán Said que enciendas el farol al anochecer, que no te vayas hasta el lunes, está todo muy movido.

—¡No me digas!

—Tus paisanos milicos... Están revisando hasta los huevos de las gaviotas. Y vos sos...

—Ya sé...

—Muy cunumí<sup>3</sup>.

---

3 Cunumí: Idima Guaraní: *Muy niño*.

El pan era enorme como una boñiga de vaca. Ella lo miraba sin ver mientras trabajaba en la cocina. Cuando ya la olla dejaba escapar el olor a vino de la salsa, rompió su mutismo.

—Tiene un olor que alimenta.

—Te vas a chupar los dedos, pasajera.

—No te imaginás lo que quiero hacer en este momento.

—No tenemos baño. Del árbol de ahí atrás hasta el Brasil es todo sanitario...

—Boludo. ¿Qué puede desear una mujer después de tanto tiempo entre hombres asustados y corriendo a escondidas?

El se volvió hacia ella y le extendió el vaso de vino, sonriente. No sabía como enfrentar la situación.

—Quiero comerte a besos, Barquero. Y cojer, quiero cojer hasta caer agotada.

—Soy menor de edad —dijo, enrojeciendo.

—No creo que me denuncies —dudó mirándolo de reojo—. ¿Es que tengo que enseñarte?

El bajó la cabeza, avergonzado.

—Lo que sé, lo aprendí mal...

—¡Muñeco! —dijo ella lanzándose a su cuello— ¡Yo te como vivo! Cerrá los ojos.

Sintió sus labios obligándole a abrir los suyos, el cálido sabor de su saliva inundando su boca, su lengua inquieta buscando la suya. Se dejó llevar, tembloroso, hasta que el olor picante de la comida golpeó su olfato.

La observó comer con voracidad. Luego se levantó y pasó un trozo de pan por el fondo de la olla, mientras él se enjuagaba la boca con agua y jabón.

Ella tendió las mantas en el suelo y lo atrajo hacia sí. Se dejó llevar, permitiendo que recorriera su cuerpo con los labios, mientras lo inundaban multitud de sensaciones desconocidas, respondiendo con torpeza a sus caricias. Arrastró con suavidad su cara hasta llevarla hasta su entrepierna. Él comprendió su intención, aspirando el suave vaho que despedía la tela mojada de su bombacha.

Se la quitó y besó el cálido nido con suavidad. Olía a canela.

—Seguí, por favor.

—Yo... No sé como se hace.

Ella se estremeció y se incorporó para abrazarlo con una ternura que el sintió extraña.

—Yo te voy a enseñar, mi hermoso barquerito, vení, aquí donde te digo, tu... lengua y tus labios con suavidad... Tu barba pincha un poco.

—Me afeitó.

—Después, después... Seguí...

Comenzó a llover cuando dormían agotados. El muchacho salió a la lluvia desnudo y dejó que el agua fría recorriera su piel con los ojos cerrados. Aquello había sido nuevo para él. Pero pese a su juventud e inexperiencia percibió la desesperación en aquella frenética búsqueda de placer.

Cuando abrió los ojos, ella estaba a su lado, mirándolo. ¡Qué hermosa estaba! Se abrazaron largamente, allí, bajo la fría lluvia.

—Hay luz del otro lado del río.

—Los paraguayos. Me protegen.

Ella lo besó con dulzura.

—Sos de verdad un ángel... No te cuidan, te vigilan.

El olor a canela de su sexo era el gatillo que disparaba aquellas frenéticas batallas sexuales.

—¿Me estás usando? —preguntó él en una de las pausas.

—Hay circunstancias, barquero, en que se desea vivir cada momento como si fuera el último. Tengo un muñeco adorable a mi lado, estamos solos y esta es mi circunstancia.

—Eso... ¿No es egoísta?

—Somos dos, ¿no creés?, damos los dos.

—Puede que yo nunca pueda olvidarme de esto, pasajera, y tendré que callármelo siempre. Una mujer tan hermosa como vos, con un crío como yo...

—Alguna vez podrás contarlo, por esa libertad se ha luchado y se ha perdido. No creas por favor que yo te voy a olvidar.

—¿Nunca?

—Nunca, mi adorado barquero —dijo ella volviendo a echarse sobre el muchacho.

Descendió en la misma playa donde la recogiera. Se detuvo un momento en la arena para observar a Caronte, barquero del infierno, que con el corazón destrozado; ponía la proa de su barca rumbo al pueblo, donde lo esperaba su padre.

Pescaba sentado y pensativo en la gran roca que dominaba la boca del riacho.

—Mala cosa cuando el cuerpo y el espíritu se enganchan —dijo su tío mientras sacudía la cabeza, mirándolo.

—Está por tomar una determinación —contestó el padre—. Estoy tan arrepentido... Pasó terror, se portó como un hombre, y me lo hicieron macho de golpe. Demasiado para sus dieciséis años.

Su determinación fué adelantar en un año sus estudios, rendir todas las materias e ingresar en la universidad. Algo le decía en su interior que en el ambiente universitario encontraría pistas. La buscaría.

Por aquellos días el ejército llevaba a todos los estudiantes varones a exámenes de tiro, sin aclarar ningún objetivo. Destacó su puntería, pero lo que asombró fue la profundidad de su visión, cuando leía sus disparos sin que los apuntadores los señalaran.

Un hombre con rostro de piedra y fuerte mirada puso sus ojos en él; llevando los blancos a mayores distancias.

—Quiero los datos de éste. Lo apuntamos para los certámenes.

—Yo estoy preparándome para la universidad, señor.

—El ejército necesita tiradores, muchacho; si te sacamos campeón, hasta te podemos ayudar para que ingreses.

Sin dejar de estudiar ni presentarse a exámenes por libre, que siempre aprobaba, iba además ganando campeonatos de tiro en el ejército, siempre con el hombre de la cara de piedra detrás, como una sombra. Uno de esos días le preguntó por él al sargento que preparaba las armas. Solo le quedaba matemática financiera y casi cuatro meses para prepararla.

—Es un capitán de comandos —contestó el sargento—. Estuvo peleando en el monte contra la guerrilla. Ahora quiere formar un cuerpo de especialistas, tiradores, locos como todos los comandos.

Pensó en su materia y echó sus cálculos. Podría apuntarse a un curso preingreso a la universidad. El examen para medicina era de los más difíciles.

—Señor... Capitán.

El hombre se volvió mirándolo con desprecio.

—Vos no sos un soldado, pendejo de mierda. Si lo fueras te metería en el calabozo a pan y agua.

El muchacho lo miró sorprendido.

—Yo no le falté el respeto.

—Para llamarme por mi grado, primero tendrías que ponerte frente a mi y cuadrarte, y hablar solo si te doy permiso, diciendo “mi capitán”. Pero sos un civilacho, y acepto que me digas “señor”.

—Quisiera hacerle una pregunta, señor.

—Si me sale de los huevos te contesto.

—El venir a estos concursos... señor. ¿Es voluntario?

—Puedo obligarte. En este momento soy dueño de tu vida, pendejo... pero si, es voluntario.

—Entonces me retiro... Señor.

El hombre se le acercó furioso, acercando tanto su cara que golpeó con el borde del casco la frente del muchacho.

—¿Sabés, pendejo de mierda, todo lo que está gastando la patria para adiestrarte y ahora te querés ir?

—Puedo servir a la patria como médico también, señor, y me quedan muy pocos meses para prepararme.

El hombre se volvió hacia el sargento, que miraba al joven como si hubiera cometido un crimen.

—Este pendejo tiene huevos, sargento. ¿Vio con qué desparpajo me habla? ¿Qué opina sargento, se merece lo que pide?

El sargento se puso firme.

—Permiso para contestar. Mi capitán.

—¡Hable carajo!

—El sargento piensa que puede rendir sus exámenes y permanecer en nuestra reserva, si se me permite pensar, mi capitán. Ya demostró que es un fenómeno.

—Está bien –gruñó el hombre entre dientes—. Podés irte. Pero tu vida me sigue perteneciendo y te voy a estar vigilando. Si no aprobás tus exámenes de mierda te traigo hasta aquí del forro del culo.

Los estudiantes de medicina de primer año, le hablaron de una profesora de física y química que preparaba alumnos para el ingreso, a la cual no le había fracasado ninguno de sus aspirantes. Apuntó el nombre y no pudo reprimir un estremecimiento:

Graciela Burgos.

Una mujer rubia delgada, fibrosa y de mirada inquieta le abrió la puerta.

—Puedo enseñarte a estudiar y marcarte pautas, pero ya no tengo tiempo para preparar a conciencia.

—Creo que me bastará. He rendido dos años enteros del secundario como libre, estoy acostumbrado al esfuerzo.

—Vas a tener que esforzarte —dijo ella mientras asomaba la cabeza a la calle y miraba hacia todos lados.

“Es ella, tiene miedo de algo o alguien” Se dijo el muchacho.

—¿Como te llamás?

—Mis amigos me dicen Caronte —contestó haciendo un tanteo.

—Extraño nombre —dijo ella sin inmutarse.

“Primer tanteo perdido” Se dijo él.

—Vas a venir todas las tardes a las tres, tocás dos timbrazos, tres segundos y un tercero. Si no, no te abro. Empezamos mañana. No descansamos sábado ni domingo.

—De acuerdo. ¿Y el precio?

—Si me hacés progresos en una semana, hablamos de precio. Ya te dije que vas a estudiar solo, yo únicamente te voy a decir cómo. Si me fallás, no seguimos y no te cobro.

—Está bien, señora...

—Graciela. Y no me gusta Caronte...

—Llámeme Barquero.

—Peor todavía —dijo ella sonriendo—. Pero no hay mas remedio, nos vemos mañana a las tres, Barquero.

Se marchó pensando en la manera de abordarla para obtener información. Estudiaría sus puntos flacos y por allí atacaría.

Pronto descubrió aquel punto flaco. Era una mujer sola, llena de temores. Y lo más importante, mas de una vez se dió cuenta que ella miraba el bello rojizo de su pecho, que asomaba por su camisa entreabierta, mordiéndose los labios; con un leve brillo acuoso en los ojos.

Sexo. Se dijo a sí mismo; es lo que necesita desesperadamente. Pero tiene miedo, no sale, no se deja ver.

Comenzó a vestirse mejor y a usar una colonia de su padre fuertemente varonil, dejaba muy abierta su camisa y desordenaba su cabello de una manera especial, que la moviera en algún momento a tocárselo.

El cambio fué rotundo, notó como se le dilataban las fosas nasales y lo miraba desde lo profundo de sus ojos marrones, cuando él exponía lo que había estudiado.

—Tenés que delimitar lo importante de lo que lees —dijo ella—. Aprendés rápidamente pero divagas en la profundidad del tema. Voy a buscarte un libro de historia.

—¿Podríamos tomar mate mientras? —preguntó él.

Ella pensó un instante, mientras él le clavaba sus ojos verdes con un leve dejo de inocencia.

—¿Porque no? Yo no lo preparo muy bien, ya sabes que los porteños tomamos un mate muy malo —dijo sonriendo.

—Lo hago yo. Si me dejás.

Caminaron hasta la cocina. El iba detrás pensando aceleradamente lo que iba a hacer. Llevaba un pantalón de tela cruda de jean y se le marcaba en la nalga apretada la línea de la bombacha.

—Tengo yerba por aquí —dijo ella subiendo a una silla y buscando en una alacena.

La silla se tambaleó un poco y él se adelantó a tomarla por la cintura. Ella descendió y se encontró con su mirada y su boca muy cerca. Le acomodó con ternura el pelo, suspirando.

—Soltáme —dijo con una sonrisa—. Ya estoy en el suelo.

—Perdón —contestó, retirando lentamente sus manos, sin dejar de mirar sus ojos.

“No tardará en caer” pensaba cuando volvía a su casa. Quizá mañana se ponga pollera, para que pueda ver sus piernas, aunque no encontraba la manera de abordar después lo que en realidad le interesaba: Los Montoneros, los nombres de los que huyeron por el río la noche del 22 de mayo. En esa lista estaría ella, su bella pasajera. Se estremeció recordando el olor a canela de su sexo.

Graciela llevaba una falda de jean cuando le abrió la puerta al otro día, su pelo rubio suelto realzaba su rostro y sus ojos ahora pintados. Se había olvidado de la propuesta inicial, ahora estudiaba con él y le enseñaba las materias en profundidad.

Pero al observarla ahora con más detenimiento notó que el ruido de los coches al pasar la inquietaban. Levantaba la vista de los libros y permanecía unos segundos en tensión, hasta que el sonido desaparecía.

—Estás muy linda hoy, Graciela.

—¿Como vas con las matemáticas? Avanzamos mucho con química y biología, pero no va a servir de nada si no aprobás matemáticas.

—Voy bien, repaso el programa por tercera vez. Quiero que mi padre pida mesa especial así me la saco de encima —contestó dejando caer su lápiz al suelo para inclinarse y verle las piernas.

Las tenía cruzadas, pero el calor hacía que recogiera la falda sobre los muslos.

—Tengo copias de los exámenes de ingreso de Rosario y Buenos Aires de otros años.

Vamos a hacer uno por semana, hasta que no te equivoques en ninguna pregunta. La única forma de ingresar será sacando diez, porque podés aprobar y no entrar por cupo.

—Eso lo tengo muy claro, este año hay muchos que aprobaron el año pasado pero no entraron.

Volvió a dejar caer el lápiz. Ella abrió las piernas y dejó ver su bombacha roja. Cuando levantó la vista se encontró con la mirada furibunda y no pudo evitar enrojecer.

—Tengo treinta y cinco años, nene. Ya me viste la bombacha. Ahora a estudiar.

—Perdonáme. Es que estás lindísima y yo no soy de fierro, Graciela.

—Dejá tus pajas mentales para otro momento.

Volvió a su casa con la sensación de haberlo echado todo a perder. Pero al otro día además de la falda llevaba una camiseta de hilo que le permitía ver que no llevaba sostén. Decidió volver al ataque, con la triquiñuela del mate.

Y la escena se repitió, pero esta vez plantó un tímido beso en la mejilla de ella, que se quedó mirándolo seria, sin enfado.

—Soy mayor para vos...¿sabés?

—No pienso denunciarte.

Ella le revolvió el pelo y agarró su cara con ambas manos.

—Nene, nene. Estás jugando con una pobre mujer sola y asustada.

—No juego, yo...

Ella le dió un beso en los labios y lo abrazó con ternura.

—Muñeco. Te puedo poner en peligro...

—No me importa. Si algo pasara, yo sólo soy tu alumno, nada mas... ¿no?

Le miró a los ojos con seriedad. Frunció el ceño asustada.

—¿Que me estás queriendo decir con eso?

—Se cae de maduro, Graciela. Vos tenés miedo de algo o de alguien.

—Sos muy perspicaz... Vamos a estudiar.

Hacia las nueve de la noche recogía sus apuntes sin dejar de mirarla.

—Lleváte el Hamm y repasá biología celular. Mañana hacemos el examen de Rosario, te voy a tomar el tiempo.

El le agarró la mano.

—Graciela.

—¿Qué te pasa?

—No voy a aflojar el estudio; soy muy constante, pero contestáme una cosa.

Ella miró su mano retenida por la de él y luego levantó la vista hacia sus ojos. Soltó un suspiro que casi pareció un gemido.

—A ver.

—Por lo menos... ¿Te gusto un poquitito?

Por toda respuesta, lo abrazó y besó en los labios, primero suavemente, luego con verdadera pasión.

—No solo me gustás, nene –contestó por fin–. Sino que además me ponés caliente, muy caliente.

Lo obligó a sentarse y se acuclilló apoyando su cabeza en las rodillas de él.

—Pero cuidado como interpretás las cosas. Soy una mujer sola que debido a las circunstancias hace mucho tiempo que...

El asintió con la cabeza.

—No cuentes lo que no convenga, Graciela. Yo estoy...

—No, barquero lindo, no –dijo ella sacudiendo la cabeza–. No estás enamorado de mí ni yo de vos. Tu instinto te dice que yo necesito coger y eso es lo que te atrae de mí. Y yo veo tu juventud y tu frescura y no puedo evitar temblar como una hoja y mojarme entera.

—¡Ay Graciela! –suspiró él– Si esto es una equivocación... ¡Qué equivocación mas hermosa!

Ella se levantó riendo, tirando de su mano para que hiciera lo mismo.

—¡Encima sos encantador, la puta que te parió!

Volvió a besarlo y él de nuevo sintió en aquel beso y abrazo la misma desesperación de la mujer, que le robara el corazón allá en la isla.

—Vení, quedáte un ratito –dijo ella mientras lo llevaba de la mano al dormitorio.

Su actividad de esfuerzo metódico comenzó a preocupar a sus padres. Al quedarle solo una materia ya no asistía a la escuela. A las seis de la mañana salía a correr a la ruta. Una hora después desayunaba y se sentaba a estudiar matemáticas.

Luego de comer estudiaba biología o química según el día y se iba a casa de su profesora particular de tres de la tarde a once de la noche. Volvía, cenaba y se sentaba de nuevo a estudiar hasta las dos de la madrugada.

—Dos cosas —dijo su padre—. Y no acepto discusión; primero vas a ir al médico a que te dé algún complejo vitamínico, y segundo vas a ir al distrito militar a ver cómo vas a hacer para solicitar prórroga.

—Pero si tengo diecisiete años, falta un año para que me sorteen.

—Es bueno que te anticipes, no quisiera que ese capitán hijo de puta, te interrumpa la carrera.

Obedeció. El médico lo encontró en perfecto estado físico y mental, pero para tranquilizar a sus padres, prescribió un complejo vitamínico. Esa misma mañana se presentó al Distrito Militar Corrientes para hacer averiguaciones.

Mientras formaba fila ante la puerta, cuyo cartel rezaba “prórrogas”, vio pasar al aborrecido capitán de comandos. Se preguntaba qué podía estar haciendo un oficial de su categoría en una dependencia puramente administrativa, cuando le tocó el turno de entrar a la oficina.

—¡Qué haces, fenómeno! —le saludó el conocido sargento de los certámenes de tiro desde uno de los escritorios.

—Vengo a averiguar lo de la prórroga. En marzo ingreso en medicina seguro.

El hombre se levantó y caminó hasta él, mientras el suboficial encargado de atenderlo tamborileaba con sus dedos en el escritorio.

—Este no tiene edad —le dijo el sargento.

—Entonces que no venga acá a hacernos perder el tiempo.

—Yo creo que podemos darle la prórroga por anticipado, voy a buscar su legajo...

—¿Legajo? ¿Es que tiene coronita el boludo este?

—Es un fenómeno, es lo que es. Ya vas a ver.

Salió corriendo mientras el suboficial lo miraba con curiosidad.

—¿Sos uno de la lista del Capitán Roca?

—De un capitán. Pero no sé su nombre...Un comando.

—Sí, ese engrupido hijo de puta. Mantenéte lejos de él, es un tarado. Dame tu libreta de enrolamiento y ganamos tiempo... Te conviene que se olvide pronto de vos.

El sargento llegó sonriendo y abrió la carpeta ante los ojos asombrados del otro.

—Con estos puntos no tiene prórroga, tiene baja y pasa a reserva.

—Mejor. Le decía al pibe que de tu capitán, cuanto más lejos mejor.

—¡Uuf, si! —dijo el sargento mirando al muchacho— Está cada día mas colifa, terminará pegándose un tiro, para demostrar que no se tiene miedo ni a sí mismo.

—Listo, fenómeno —le estrechó la mano derecha—. Que tengas suerte, andá a la oficina de al lado a que te firmen la libreta.

No le indicaron cual puerta, había una a cada lado de la oficina. Entró en la de la izquierda, la que vió entornada. No había nadie y esperó de pié frente al escritorio. Cuando bajó la vista y la detuvo sobre la mesa el corazón casi le da un vuelco.

Había una gran fotografía a color en una carpeta abierta: ¡Su pasajera!

Miró hacia atrás y luego se inclinó un poco hacia adelante. No podía leer al revés, pero había una fotografía del tamaño de una billetera, suelta. Volvió a mirar hacia atrás y en un rápido movimiento la metió en su bolsillo. Oyó pasos y se irguió con disimulo.

—¿Que carajo estás haciendo aquí, pendejo de mierda?

Se volvió. La cara de perro rabioso del capitán Roca lo fulminaba desde abajo de su eterno casco (lo tendrá encarnado, pensó el muchacho).

—Me dijeron ahí al lado que viniera aquí, señor...

—¡Vaya! Pero si es el pelotudo estudioso...

—Si señor. Y me viene bien verlo porque como usted me dijo, eso de que si no aprobaba... entonces ya que lo veo, le informo que me queda solamente...

—¡Yo le vengo bien a quien a mi me sale de las pelotas! —gritó— Pero a mi, pedazo de mierda con patas. ¡Y no necesito que me informes de nada, si me quiero enterar, voy y te traigo agarrado de tus inútiles huevos! ¿Entendiste, ensayo de hombre?

—Si, señor.

—Ahora te me vas de aquí antes que te saque a patadas... Y decíle a esos dos pajeros de la oficina de al lado que me traigan tu legajo. ¡Fuera!

En octubre había ya aprobado matemática financiera, y se inscribió para el examen de ingreso a la Facultad de medicina. Graciela lo sometía semanalmente a pruebas en las que le tomaba el tiempo. Mezclaba las preguntas de diferentes facultades y logró muy pronto una velocidad de respuesta casi mecánica, quedándole casi siempre poco mas de media hora para revisarlo todo. No reprimía su emoción cuando calificaba el puntaje. ¡Vas a ingresar con el cien por cien de respuestas correctas, barquero!

Pero también le notaba la desesperación con que hacía el amor, la tensión con que atisbaba por entre los visillos de las ventanas, los larguísimos silencios cuando ambos detenían, tras largos estertores sus cuerpos.

—Puedo sacarte del país por el río...

Ella se incorporó apoyando un codo en la almohada. Profundas arrugas surcaban su frente.

—¿Qué estás diciendo?

—Puedo llevarte hasta el lado paraguayo, desde allí hacia el este, podrás llegar al Brasil.

—Decíme: ¿adonde querés llegar con eso?

El le acarició los cabellos.

—¿Cuanto hace que no salís a la calle, Graciela?

—Meses. Contestáme a lo que yo te pregunto.

—Vos tenés miedo. No soy boludo, quizá estuviste en alguna organización clandestina o algo. No me importa. Puedo ayudarte.

—No podés. Lo mío no tiene remedio. Si no me cazan los milicos y me escapo, me matan mis propios compañeros.

—¿Estuviste en la guerrilla?

—Nunca toqué un arma. Lo mío son los números.

Lo abrazó con desesperación.

—Podés hablarme. Quizá si soltás algo de lo que te atormenta te relajés un poco.

—Barquero, barquerito mío.

—Hablá Graciela, te va a hacer bien.

Se acostó a su lado y dejó rodar las lágrimas por sus mejillas. Él las tocó con el dedo y las besó.

—Yo llevaba las cuentas de los Montoneros. Ningun movimiento de dinero se podía hacer sin mi firma, previa autorización de los capos máximos. Me captaron cuando militaba en la Jotapé. Derivé sumas a bancos de afuera. Mucha, mucha guita. que ahora está quieta, no se puede mover sin mi firma. ¿Entendés?

—Poco. ¿Por eso no te podés escapar?

—Si salgo, mis propios compañeros me darían caza, hoy por hoy no se fían de nadie, conozco demasiados secretos, hay gente inimaginable metida en el asunto.

—¿Y por qué no informas que no querés saber mas nada y transferís la responsabilidad?

Ella lo miró angustiada.

—No tengo a quien informar. No se donde están los jefes, muchos compañeros o fueron capturados o desaparecieron o están escondidos. Y mi firma es la única...

Lloró amargamente sobre su hombro.

—En mayo vinieron unos tipos. Traían una carta de Galimberti. Querían que contacte con un grupo de pescadores para pasar a alguien al otro lado. Tenía que hacer provisión de fondos. Un lío, ordenar transferencias desde el exterior, pasar a un banco provincial, sacar la guita.

—Quizá era el grupo de pescadores en el que está mi padre... ¿El Pirá Piré?

—Sí, ese. Pero lo mío no era eso de estar haciendo contactos, ya te dije, lo mío son los números, así que intenté contactar con Galimberti, estuve dos días enteros marcando teléfonos. No encontré a nadie. Los compañeros correntinos o estaban detenidos o fugados o muertos. Nada.

—Habría sido por el veinte de mayo o así.

Ella lo miró asombrada.

—¿Como sabés eso?

—Porque la guarnición de Itá Pirú afloja la vigilancia, los riachos desaguan y hay mucha pesca, mucho movimiento de lanchas en el río.

—Fué por esos días. Cuando volvieron les dije que no sabía que ocurría que no me pasaban la transferencia. Los mandé donde uno que yo conocía del ERP que se escondía en Paso de la Patria. Se fueron confiados y no volvieron.

A la semana desapareció todo el mundo y esto se llenó de milicos. La plana mayor del ERP se les escabulló en la jeta. Desde entonces no sé nada de nadie, y me muero de miedo, barquero. Cada coche que pasa pienso que vienen a buscarme.

—No creo que te vayan a hacer nada si nunca tocaste un arma.

—A éstos no les importa la inocencia, arrasan con todo... Yo ya estuve una vez y salí porque no me pillaron nada, aguanté la tortura... La aguanté.

Él la abrazó con ternura.

—No podré aguantar otra. Si vuelvo a entrar, no salgo. ¿Entendés mi miedo?

El asintió en silencio. Su cabeza trabajaba alborotadamente.

—¿Y no conocías a esos tipos que vinieron?

—No dieron nombres. Dijeron que había que sacar a una compañera y me dieron la carta. Al principio les creí, ¿cómo no iba a creer a un peronista?

Estuvieron largo rato en silencio.

—Andáte barquero, es tarde.

La decepción le tamborileaba el cerebro. Ella no sabía nada. Tendría que encontrar otra forma de investigar, por lo pronto seguiría estudiando. Quizá en el ambiente universitario, más adelante, podría contactar con gente de la jotapé. Quizá tendría que hacerse peronista, pero no tenía ni idea de la historia del partido, ni de política. Esa noche aquel perfume de canela del sexo de su pasajera invadió su sueño, con el aroma de almizcle de Graciela, la imagen de ambas mujeres, hermanadas en el combate carnal desesperado, sudando pasión, terror y angustia sobre su piel libre de muchacho, inocente de inocencias de hombres sin culpas ni secretos, inocente de embriagueces de carne trémula. Inocente de amor inconfesable, incontable, imposible para la luz del sol o la caricia de la luna.

Cuando faltaban dos semanas para el examen de ingreso, había reducido los embates de alcoba para aplicarse más al estudio. Graciela le puso sobre la mesa un libro de fisiología de Guyton.

—Este es mi regalo. Te servirá en el segundo año, porque estoy segura de que vas a ingresar.

—Mejor me lo das cuando apruebe el examen. Lo consideraré tu premio.

—Llévatelo ahora. Premio me diste vos, trajiste un soplo de vida a mi existencia.

Lo besó con dulzura.

—Barquero. ¡Barquerito mío!

Le sonaba a despedida. Su mirada dolía, su abrazo apresaba y empujaba a la vez.

Cuando daba los primeros pasos en la calle, ella abrió la ventana y su cara de puro bonita pareció un cuadro enmarcado por postigos. Aquella sería la última vez que la vería.

Desde las sombras de la esquina; desde un falcon con cristales oscuros estacionado unos metros más allá, las miradas furtivas retrataron la cara bonita y activaron las crueles alarmas del poder.

Su padre le encargó que comprara “El gráfico” cuando fuera a estudiar. El carpintero vecino lo llevó en la furgoneta hasta el kiosco de la plaza, en la esquina de la casa de Graciela.

Algo en su interior, un fallo en los latidos, el sentido del cazador que huele el olor acre de las armas, algo le puso sobre aviso.

Un falcon verde oliva retrocedía lentamente hacia él. Sacó un bolígrafo de su bolsillo y escribió en la tapa de la revista: “Papá, no te preocupes, estoy bien”. Llévale a mi viejo –le dijo al carpintero cuando vio venir hacia él a dos hombres de trajes oscuros.

—Pibe. Tenés que venir con nosotros.

Había recibido golpes otras veces. En los partidos de rugby, en alguna pelea de muchachos. Pero con los ojos vendados era diferente. Dados exactamente donde el dolor queda y espera el inicio de otro dolor, en otra parte.

—Esto es solo el principio. Decí lo que sabés.

—De... de qué...

—De lo que creas que queremos saber.

—No voy a la escuela hace mucho... Yo, puedo hablar de química o biología.

Algo se descargó como una patada eléctrica en sus pezones, le recorrió el cuerpo y estalló atroz en su cerebro. Dolor. Dolor.

Gritó desesperado. Sintió sus globos oculares agrandados, latiendo en la profundidad del dolor.

—¿Que hacías con la Burgos?

—Química y biología. Me preparaba para el examen de medicina.

Un chorro de agua lo empañó. Esta vez la descarga le recorrió el cuerpo entero y la contracción de su cuerpo hizo temblar la silla a la que estaba atado.

—Después de las nueve se apagaba la luz del salón. ¿Adonde ibas?

Se mantuvo en silencio, buscando extraer saliva de algún rincón de su boca. Le bajaron el pantalón. Estaban metiendo algo delgado en su uretra.

—Todavía no. Esperá un poco, mojále la boca.

—Nos toma el pelo.

—Dale agua, poca.

—Co... co...

Le derramaron agua y su estómago se contrajo dolorosamente. Gimió y se retorció.

—Decí lo que ibas a decir.

—Co... co...

—¿Cogían?

—S... Si

—¿Eso nomás? ¿No hablaban?

—Poco.

—Mentira.

—Es cierto, señor.

—Mirá pibe. No se coge durante meses sin hablar. Te vamos a dejar un rato para que pienses. Nos sobra tiempo. Pensá lo que te contaba. Te dejamos un ratito para que hagas memoria.

Una nueva descarga lo sacudió entero mientras nuevamente el agua recorría su cuerpo multiplicando el dolor.

—Para que pienses, no para que descanses.

Perdió la noción del tiempo, los desmayos se multiplicaban... “Tenía miedo, mucho miedo...” “No es suficiente...” “Exámenes de otras facultades.”

Perdió la ubicación del dolor, desvariaba, recitó completa la tabla periódica entre risotadas de sus cancerberos.

—Te dijo que era montonera...

—Me dijo que era de la jotapé.

—¿Qué més?

—No me importaba lo que me contaba. Nunca le fracasó un alumno. Yo solamente quería que me enseñe... Quiero ingresar.

—Vamos progresando, entonces te la cogías para que te enseñe.

Risotadas. Golpes, mas descargas.

—¿Qué te dió? Hablá y paramos.

—Un libro. Muchos apuntes.

—Fisiología de Guyton.

—Si, señor.

—Este libro es para segundo año. Te tuvo que dar mas cosas, ademas de libros, apuntes y su concha.

—Nada mas.

Perdió la coordinación y su hablar era delirante. Cuando perdió el control de sus esfínteres, lo arrastraron a otro sitio y lo arrojaron al piso de una sala fría y húmeda.

—Otro...

—Es un pibe. Un perejil.

—Candidato al traslado... tiembla mucho, está cagado y meado.

—Yo solo quiero entrar en medicina...

—No hables. Va a venir el doctor “Mengele”.

Alguien lo puso boca arriba. Sintió como una moneda fría bajo su pezón izquierdo.

—¿Y?

—No se puede seguir. Un poco mas de máquina y va a entrar en fibrilación.

—Esa le tuvo que dar algo, algún dato.

—Está en coma. No le van a sacar mas que incoherencias. No le queda mucho tiempo.

—Pasémoslo a traslado.

El hombre fumaba impasible. En su escritorio estaban los manoseados apuntes y el libro de Guyton.

—Soltálo. Ese no sabe nada. Es un picho dulce... ella solo lo usaba para coger.

—¿Te gusta el pibe?

—Que me guste o no me guste no te importa. Te digo que lo sueltes.

—Hay un legajo de Roca. Tirador de primera, dejó de estudiar y se dedicó a meter materias por libre. Aquí dice que es descarado y tenaz.

—Voy a hablar con Roca...

—¿Qué te hace pensar que te va a dar bola?

—Mirá hijo de puta. Vos sabés quien soy y de donde vengo.

—¿Y cuantas vergas chupaste para llegar?

—La tuya seguro que no. Si no me oye Roca, tocaré algunas bolas sagradas y chuparé alguna verga que a vos te puede romper el culo... Sabés bien lo que te digo.

—De todas maneras ya es boleta. Lo mandamos a traslado. Ya le estarán poniendo pentotal.

—Sacálo de allí.

—Esta no es tu jurisdicción. ¿Por qué no me dejás de hinchar las bolas?

—Porque conozco a ese pibe. Te estás equivocando. Dame una hora. Voy a hablar con Roca.

—No creo que te haga caso. Él trajo a la Burgos. Y en su bombacha todavía había leche del muchacho... ¿Vos tambien te lo cogiste?

—¿Te da envidia, hijo de puta?

El río brillaba rojo al atardecer. El Martín pescador cayó lanzado al agua y la punta aguda de su pico se clavó en su corazón. Dolor, dolor, dolor. La fiebre lo devoraba, pero aún así el olor a canela penetró en su olfato como un nuevo y extraño dolor, un dolor que no quiso que se fuera para venir otro... Dolor con olor a canela.

Sintió el vaho tibio de un aliento junto a su oído. Quiso abrir los ojos, pero solo vió el río y el sangriento atardecer.

—Te vas a casa, Caronte, barquero lindo.

Su padre lo sacó, aún tambaleante, por la puerta grande del Hospital Escuela, donde una llamada desde el Regimiento nueve de Infantería, le dijo que fuera a buscar a su hijo.

—Estoy bien con be. Papá.

Habían sido días angustiosos, recorriendo comisarías, suplicando en las comandancias ante militares impasibles.

—Pedí que me llevaran a mí en tu lugar, hijo del alma.

—No fué por aquello, papá. No habrás ido a decir nada...

—Ni siquiera me dejaban hablar. ¿Que iba a decir? —sollozó el “Gato”.

—Parece que mi pito me va a traer muchos problemas, viejo. ¿Cuántos días me quedan?

—Por favor. Estás medio muerto. ¿Como podés pensar en eso?

—Eso me mantuvo vivo. No sé en que fecha estamos. ¿Se pasó el día?

—Dos... Faltan dos días.

—Que la vieja me prepare jarabe de tuna y leche de yegua, entonces. Tengo que aprobar ese exámen.

Ingresó en la universidad con el máximo puntaje. Se recuperó rápidamente de los atroces días pasados en las mazmorras. Era como si el subconsciente quisiera eliminar aquello de su memoria.

Cuando se sintió seguro de su capacidad de concentración al estudio, y su memoria de los textos le dio pruebas de su infalibilidad, se dedicó subrepticamente a la investigación; buscar a los peronistas, los restos de la desgarrada jotapé e intentar de nuevo, llegar a obtener datos. Su corazón le decía a gritos que su pasajera estaba viva, que el terror no la había devorado. Del ERP no había mas noticias que la propaganda oficial, era imposible dar con algún superviviente a una represión que aún continuaba.

No era difícil dar con los peronistas. No eran sectarios, pero configuraban una fauna universitaria triste, se consideraban a sí mismos como estudiantes perseguidos por una docencia adicta al régimen; lo cual, como pudo comprobar, a veces era atrocemente cierto y en otras ocasiones, una excusa que justificaba la existencia de un estudiantado “crónico”.

Pronto se dio cuenta, que de aquellos estudiantes tristes, las más accesibles para él eran las mujeres. Su estampa irresistiblemente masculina, su mirada profunda, la piel siempre dorada y sus cabellos castaño rojizos le hacían blanco de todas las miradas femeninas. Poco hablador, sólo necesitaba una lectura para que su formidable memoria retuviera lo estudiado, con lo que el tiempo siempre estaba a su favor. Tenía entonces los fines de semana abiertos a la cacería, y bautizó el mismo la sutileza con que buscaba datos como “estrategia vaginal”.

Podía haber sido un formidable informador de los servicios secretos y no tan secretos del régimen, por la cantidad de información que obtenía actuando como amante sin par, incomparable en el sexo oral, buscando siempre aquel olor a canela que lo cautivara, incansable en la exigencia del cuerpo, buscando aquel desesperado embate carnal que recorriera el velo de su adolescencia.

Pero la información, casi invariablemente, moría en los discursos sobre la militancia enmudecida y rencorosa, en un peronismo que se quedaba en el después del golpe, nulo en la experiencia combativa, conocedor solo de la historia que al momento convenía, ya que aquel abnegado y sangrado, o estaba fuera, o padecía el suplicio en las mazmorras.

Una madrugada en que regresaba a su casa decepcionado por un nuevo fracaso de su estrategia, fue de repente rodeado por un grupo de embozados al llegar a una esquina. Los golpes fueron exactos, certeros. Cayó y fue arrastrado hasta un vehículo que esperaba un poco más allá.

Cuando despertó estaba atado a una silla, con una lámpara enfocada en su cara, ocultando el rostro de sus captores.

—Podríamos hacerte lo que les hacen a los compañeros, pero hoy te vamos a perdonar.

—¿Que quieren de mí?

—Vos estás en una lista. Sos un marcado.

—Estuve adentro, me salvé de pedo, si te referís a eso.

—Lo que te quiero decir, chico lindo, es que quizá te salvaste por alcahuete...

—No sé porque me salvé. Pero no soy alcahuete, no sé de qué puedo alcahuetear.

—Estás en la lista de un milico, no nos creas pelotudos, y preguntás demasiadas cosas a las compañeras.

—Quiero encontrar a una, pero no sé el nombre, eso es lo que busco.

—Por eso te salvaste. Hay quien dice que ya eras boleta.

—No. Mi interés es personal.

—¿Personal? No nos salgas con pelotudeces.

—Me enamoré de una montonera...

—Eso es estúpido. Nadie se hace casi matar por alguien de quien ni siquiera sabe el nombre.

—Piensen lo que quieran. No me importa.

—Claro que no te importa... Si te hacemos algo, mañana los milicos se cargan a todas las compañeras que te cogiste, hijo de puta.

—No estoy con los milicos, no trabajo para ellos.

—No te creemos, no haces más que cogerte a las peronistas, las demás no te interesan, y les hacés hablar, y las pobres cantan como pajaritos, sentadas en tu verga.

—Ya te dije lo que busco. No hay otra explicación.

—Mirá. No te vamos a hacer nada. Pero mantenéte lejos de las compañeras, ya nosotros nos vamos a ocupar de que ni te miren, picho dulce. Buscá otra forma más convincente de rastrear... Y te aseguro que si te vemos cerca de alguna, lo que no te hicieron los milicos, te lo hacemos nosotros, podés tener un grave accidente, vos sabés que eso es muy fácil.

—No tengo alternativa, ni forma de convencerte. Pero no creas que me asustás.

—No, ya veo. Ni se te ocurra contar a tus jefes esta charla, no nos mataron a todos y tenemos gente también del otro lado.

—No tengo jefes...

—Eso decís vos. Pero estás en una lista. Olvidáte de nosotros y de las compañeras, si no te gustan las otras minas, hacéte pajas o dedicáte a los hombres. No es joda, picho dulce; va en serio.

Abandonó de momento su búsqueda, al tiempo que notó como empezaba a ser metódicamente esquivado por las chicas del partido. Pero esa pérdida momentánea del objetivo que lo obsesionaba, amenazó seriamente su concentración al estudio. Así que se buscó un compañero, de inteligencia y capacidad de memoria tan poderosa como la suya, he hizo del estudiar su castigo y su escape, obteniendo resultados mas que excelentes.

El compañero era leal y cumplidor y con él, pasó los tres primeros años de la carrera a una velocidad meteórica, aprobando siempre todas las materias en diciembre, quedándoles el verano, en una libertad, que a él lo sumía en la depresión, recordando noche tras noche aquellos tres maravillosos días en la isla... y aquel olor a canela.

Se mandó hacer una ampliación de la fotografía robada, que pegó a uno de sus cartapacios, y llevaba fotocopias pequeñas en su billetera, siempre pensando que algún día se presentaría de nuevo la oportunidad de preguntar por ella.

—¿Vos estudiaste solo para el ingreso? —preguntó una vez su compañero.

—No. Me preparó una profesora.

—Debió ser excelente, tu nota fue la primera.

—Era magnífica, me hacía exámenes semanales tomando el tiempo, era prácticamente un entrenamiento...

—¿Era?

—No volví a saber de ella.

—Hubo muchachos de otros años, que contaban maravillas de una profe: Graciela Burgos.

—Era esa. Desapareció algo así como un mes antes del examen. Y no supe más.

—¿Andaba en algo?

—Si no te molesta, prefiero no hablar de eso; gracias a ella estoy estudiando medicina, punto y aparte.

Preparaban concienzudamente Farmacología en la pensión de aquel compañero, cuando irrumpieron en la habitación tres hombres. Iban de traje, a pesar del calor de diciembre, y llevaban dos paquetes de pollo asado, que pusieron sobre la mesa, apartando apuntes y libros. Sus rostros eran agradables y entraron sonriendo, era obvio que su compañero de estudios los conocía. Aunque algo en las miradas huidizas, encendió una alarma en su cerebro.

Saludaron y se sentaron frente a la mesa que ocupaban.

—¿Es éste? —dijo uno de ellos dirigiéndose a su compañero, que asintió con la cabeza.

El hombre, se volvió hacia uno de los que lo acompañaban. El barquero se estremeció, su voz habitó algunas de sus pesadillas sin saber jamás de que parte de su memoria venía a atormentar su sueño.

—Tiene mejor aspecto, desde luego. Pero es él.

Molesto, dirigió a su compañero una mirada entre furiosa e interrogante.

—Tranquilo. No pasa nada. Solo quieren hablar un poco con vos.

—Me lo podías preguntar directamente. Yo siempre tuve confianza en vos. Esto parece una encerrona.

—Tranquilo, pibe —dijo el hombre, sacando del interior de su saco una pistola que arrojó sobre la cama—. Venimos en paz.

—Yo estuve encerrado con vos —dijo el que lo había reconocido—. Bueno, con lo que habían dejado de vos, ya habían ordenado tu traslado, y te encerraron conmigo y otros mas, que estábamos fatal, esperando la visita del médico... Le apodábamos “Doctor Mengele”.

—¿Mi traslado?

El hombre se llevó el índice a la sien en un gesto inequívoco. “¡Pum!”.

—No recuerdo eso, de verdad.

—Imposible que recuerdes. Te quedaban horas de vida. El médico te hizo la cruz, si no te mataban, te ibas a morir de todas formas.

—Bueno. Pero allí se acabó la historia, yo no tengo nada que contar.

—Te metieron adentro por algo —dijo el primero de los hombres, mientras el tercero, que no participaba, se plantó junto a la ventana.

El muchacho puso su cartapacio sobre la mesa, con el retrato a la vista, con la intención de que aquellos hombres reconocieran a su pasajera. Observaron la foto distraídamente, pero no hubo ninguna otra reacción.

—¿Por qué no comemos mientras hablamos? No vinimos a presionarte, sacá tu carpeta de la mesa y ataquemos el pollo.

Comían tranquilamente, pero el barquero no lograba distenderse. Estaba ofendido por aquella sutil traición de su compañero, que se había ganado su confianza solamente con la paciente intención de que llegara ese momento. Masticó un poco, profundamente contrariado, pero deseaba poner fin cuanto antes a aquello.

—¿Y bien? —preguntó.

El hombre le extendió un papel ajado y amarillento. El muchacho se incorporó y sacó del armario el libro de fisiología de Guyton. En la primera página estaba la dedicatoria de Graciela: “Para mi querido barquero, que no olvide estudiando a quien tanto lo quiso.”

La letra de la esuela era la misma.

—Fue el último contacto que tuvimos con nuestra compañera. Meses antes estubo haciendo desesperados llamados. Pero nadie estaba en posibilidad de contestarle, leéla, leéla.

“Es un buen chico. Sabe alguna fecha que me inquieta, coincide con la visita de aquellos tipos. Parece que quiere saber algo de alguien, pero no suelta. Pero es un buen chico. No puedo salir. No puedo contactar. No lo siguen, viene solo.”

—¿Vos sabés a que fecha se refiere?

—Ella me contó algo de unos tipos que vinieron, para pasar a alguien del otro lado del río, al Paraguay. Yo le dije que la mejor fecha era por mayo, la segunda quincena de mayo, hay tanta pesca que los paraguayos aflojan la vigilancia.

—¿No te dijo nada más?

—Que esos tipos no volvieron... ¡Ah! Dijo que traían una carta de... alguien de apellido italiano o algo así.

—Galimberti.

—Creo que sí.

Los tres hombres se miraron. El que hablaba se mordió los labios.

—¿Nada más?

—No. Nada más. Los milicos querían algo de ella, creían que me lo dejó a mí, pero no me dejó mas que este libro y los apuntes que hicimos juntos.

—Ya revisamos ese libro, y los apuntes.

El muchacho dirigió una mirada furiosa a su compañero, que se encogió de hombros.

—Mirá. Vinimos a verte porque fuiste el último que la vio. Y si los milicos casi matándote no te sacaron nada, menos te vamos a sacar nosotros. Pero vos querías saber algo, y como sabemos que estás en una lista de un milico llamado Roca...

—Estoy en esa lista porque él me llevaba a los concursos de tiro, por ninguna otra cosa.

—Roca en persona fue a sacarte y evitó tu traslado —intervino el segundo hombre.

—Yo no sabía nada de eso.

—Nos consta. Por eso te digo que estés tranquilo. Pertenece a la cúpula dirigente. Queremos proponerte algo.

—No quiero meterme en líos... yo solo quiero estudiar.

—Tranquilo, tranquilo, no te vamos a pedir nada grave.

—Bueno, a ver.

—Graciela te quiere, y tuviste algo con ella; eso se cae de maduro. Pero fuiste el último que la vio, quizá si sale trate de ponerse en contacto con vos. Ahora viene la propuesta. Vos querés saber algo, algo que ella no tuvo tiempo de decirte o no supo, no en vano te pasaste un año entero cogiéndote a las compañeras peronistas. Nosotros tal vez podamos ayudarte, pero con la condición de que si Graciela te pide ayuda, le des un teléfono, solo eso.

—No estoy seguro de que me busque, ya pasaron años, pero déme el teléfono.

—Primero nos tenés que decir algo ¿no te parece?

Levantó su carpeta y señaló el retrato.

—Ella. Quiero encontrarla.

Los tres hombres miraron detenidamente la fotografía.

—Hermosa. Dame el nombre.

—No sé su nombre, solo sé que era montonera.

Los tres hombres lo miraron con asombro.

—Tengo una foto más chiquita.

—No. Tenemos buena memoria... Es increíble... vamos a ver que podemos hacer, somos... Éramos miles y solo tenemos una cara. ¿Ni siquiera sabés el nombre de batalla?

—No. ¿Me va a dar ese número?

—Mirá, de momento no. Es descabellado. Si averiguamos algo te daremos ese número por intermedio de éste (señaló a su compañero).

—¿Y si aparece Graciela?

Los tres hombres ya se levantaban y el primero había recogido su pistola.

—Lo mismo. Decíle a ese, que nos va a encontrar... Sos un loco pibe, llevamos años rastreándote, y no fue nada grato encontrarte... para no obtener nada.

—Siento mucho no servir de ayuda.

—Mas lo sentimos nosotros. Chau.

Cuando se fueron, comenzó a recoger sus apuntes y libros. Su compañero le puso un brazo en el hombro.

—No te enojés. Me debo al partido y a mis ideas.

—Me parece bien, ahora te vas a la puta madre que te parió.

Se fue con sus apuntes al refugio en la isla. Allí pasaba las pausas del estudio sumido en amargas reflexiones.

“¿Quién sos, que no puedo salvarme? / ¡Muñeca maldita castigo de Dios!”  
—Lloraba la voz de Julio Sosa en la radio. Aquel hombre, que en el ordenamiento metódico que hacía en su memoria había archivado como “La visita del 4 de diciembre” tenía razón “sos un loco, pibe”. Y era descabellado su objetivo, encontrar a alguien sin nombre, por ello corrió peligro de muerte, fue secuestrado, torturado y ahora amenazado, porque no creía en aquellos hombres; ellos buscaban el archivo de Graciela, no era razonable que en medio de tanta represión se atrevieran a aparecer. Quizá algo se estaba gestando y se requería la presencia de ellos.

Descabellado. Los sobrevivientes pugnaban por sobrevivir, las familias lloraban a sus muertos, otros buscaban cadáveres o huellas con la angustia desgarrada de aquellos a los que le han quitado algo sin aviso, sin juicio ni sumario... Y él, atado a la ficción del barquero del infierno, permanecía anclado en aquella isla, buscando lo imposible y pagando con trozos de su integridad por ello. Ahora, amargamente consciente de lo descabellado de su obsesión, sumaba también una amarga determinación: Desde ahora no podía confiar en nadie.

Y lo oprimía además el saberse marcado. Ambos bandos no cejaban en su vigilancia, sin pertenecer él a ninguno. Hubiera querido huir, pero sabía que no huye quien quiere, sino quien puede, por eso tanta mazmorra y tanta muerte. Sin haber luchado, sin tener ni la más somera idea de la lucha política, se veía mezclado en la sangrienta vorágine y no podía huir, no entendía el escape sin futuro, sin mas proyecto ni objetivo que la sola huida. Así que se propuso terminar su carrera y salir con un porvenir en forma de título bajo el brazo, estudiar con desesperación, si eso era posible, para salir de aquel país de pesadilla.

El mesiánico proceso que se iniciara con el golpe militar agonizaba. Ya no servía el aparato propagandístico feroz, que intentara concienciar a la sociedad sobre los nuevos salvadores de la patria. “Aquéllos no tuvieron razón, erraron el camino; pero éstos también se equivocaron al creer que no se equivocaban nunca”, se dijo el

barquero. Algo se gestaba y era preciso recurrir a nuevas mañas, agonizaba el país de la plata dulce. Por las noches, aún sonaban disparos y aún los lamentos velados decían a gritos el secreto, de lo que ya no era secreto, ya no daba resultado matar, ni la amenaza solapada de la bota. El descontento flotaba en el aire, el llanto apagado pedía rebelión y venganza, en una atmósfera de pesadilla.

Aprobó Farmacología y a los dos días recibió la carta de la comandancia: en una semana debía presentarse sin mas equipaje que lo puesto y su Libreta de Enrolamiento. El encabezamiento le pareció un sarcasmo: “Al señor Oficial de Reserva”.

Lo intuyó con claridad: era una invitación al intento de huida. Ya no secuestraban, le recordaban que su vida les pertenecía y le daban una semana para pensarlo. Lo confirmó el auto de cristales oscuros en la esquina de su casa, el cosquilleo en la nuca de quien es vigilado, cuando caminaba por la calle.

Le dieron un uniforme raído y lo pusieron en un avión, con otros treinta como él. Todos tenían el miedo pintado en la cara, como un estigma. Estaba prohibido hablar y pudo sentir el olor agrio que tenía el sudor de los que sufren el terror cuando los montaron en un camión y los llevaron a la selva.

Los formaron en un galpón de chapas de zinc, donde el calor hacía el aire irrespirable. Allí se presentó un coronel, cuando ya desfallecían casi deshidratados.

—Señores. Soy el coronel Ustachi. Señores por el momento, porque luego de esta presentación, pasarán a ser soldados. Forman ustedes parte de un nuevo proyecto del ejército argentino, vamos a hacer de ustedes comandos —detuvo sus palabras y recorrió con su mirada las caras asustadas, con irónica sonrisa—. Pero un tipo de comandos especiales, unos boinas verdes del subdesarrollo, pero con una diferencia sustancial: Serán ustedes comandos cultos, comandos universitarios.

» Paso a explicarles por esta única vez, porque a partir de ahora no habrá explicaciones, solo entrenamiento y obediencia ciega.

» Todos son universitarios, por eso los elegimos. Todos son dueños de una inteligencia privilegiada, metieron sus materias en diciembre, tienen el verano libre, por eso los elegimos. Todos son tiradores de primera, producto de una minuciosa selección, que ha hecho el ejército cuando estaban en la escuela secundaria. Por eso los elegimos. Todos tienen alguna virtud que los hace especiales y diferentes, algunos pueden ver en la oscuridad, otros tienen una profundidad de visión a la luz, que excede todos los parámetros; otros tienen un oído capaz de escuchar caer una moneda y decir el valor por el sonido, la distancia y hasta su peso. Por eso los elegimos. Todos tienen un físico privilegiado, una gran capacidad de resistencia. Por eso los elegimos.

» Por último, y más importante: todos conocieron nuestros calabozos, todos tuvieron algún roce con la antipatria, por eso elegimos vidas que nos pertenecen, y en esto tienen esta elección: O sirven a la patria en este proyecto, o los entregamos a nuestros hábiles interrogadores, en los calabozos que ya todos conocen.

El silencio pesó ominoso sobre los hombres. El olor agrio del sudor hería el olfato, hasta un punto cercano al desmayo. Entonces, marcando el paso, flanqueado por un subteniente y su inseparable sargento, entró el aborrecido oficial que todos conocían.

—¡Buenos días, la tropa!

Nadie le contestó.

—Hoy les perdono, señoritos tragalibros, pero esta noche van a besar mi culo y llamarme “mi capitán”. Todos saben quien soy, en igual medida, todos me deben sus miserables vidas, a las que desde ahora vamos a dar utilidad. Yo les voy a entrenar, con la ayuda del sargento y este subteniente que me acompaña, que quiere llegar a ser tan comando como ustedes. Van a ser el primer grupo comando de superhombres, luego volverán a sus clases, y se encargarán de la selección de nuevas camadas y pasarán a ser ustedes instructores cada verano, hasta que paguen la deuda que tienen con la patria... y todos saben cuál es esa deuda, así que empezaremos ya mismo con la instrucción... ¡Con su permiso mi coronel!

—Comience, Capitán Roca, yo me retiro.

Los hicieron numerarse. Desde ese momento no tenían nombre, solo un número. No podían hablarse, estaba prohibido. Los tuvieron el resto de la mañana desfilando un grupo frente a otro, con paradas de treinta segundos cronometrados, desnudos, girando para que cada uno memorice cada rasgo, cada resquicio del cuerpo de sus compañeros, hasta ser capaces de reconocerlos en una multitud, o reconocer un trozo de cuerpo que se le presentara. “La tortura puede arrancar un nombre, por eso tienen un número, la infiltración debe ser imposible, por eso deben conocer además de la cara, cada pelo de sus compañeros”.

Los dividieron en grupos de acuerdo a su cualidad. Grupo mirada profunda, grupo gatos, grupo radar.

El entrenamiento era de una inhumanidad desconocida para aquellos jóvenes universitarios. Dormían en el suelo de aquel galpón, eran despertados a cualquier hora de la madrugada, a fuerza de gritos y golpes a los rezagados, se los abandonaba en la selva, con la condición de volver bajo la guía de los que poseían el poder de ver en la oscuridad, carreras infernales bajo un sol despiadado con todo el equipo a cuestas, huidas bajo fuego de munición real, primero con la ametralladora disparada a distancia por detrás, distancia que se iba acortando, compro-

bando la profundidad de visión del grupo mirada profunda, manejo de armas de distinto calibre y alcance. Todo error tenía por castigo la violencia, con ramas de hierbajos del monte por látigo, en las espaldas desnudas y transpiradas, lo que configuraba un dolor inflingido por los propios compañeros. Roca participaba en todo, menos en los castigos, llegando a parecerles un personaje demoníaco, tan incansable como cruel.

La primera noche, el subteniente, que participaba en todos los ejercicios como un soldado mas, solicitó permiso para hacer una pregunta.

—Por esta única vez y porque se trata de un oficial, responderé a lo que me pregunte, pero tiene que saber que mi misión no es responder a ninguna puta mariconada. Mi misión es entrenar.

—He visto y leído en alguna parte, mi capitán —dijo el subteniente pasando por alto el insulto—, que se entrega un cachorro a cada aspirante a comando para que lo críe, probando al final su obediencia ciega, en el momento de recibir la orden de matarlo.

—Eso se realiza en grupos dedicados solo a ser autómatas sin cerebro, listos a obedecer. Este es un experimento, que por mis huevos va a salir bien. Yo no tengo descerebrados en esta escuela de señoritas; tengo universitarios, chicos diez. Mi objetivo, subteniente, no es la bestialidad absoluta, sino la eficacia absoluta.

—Comprendido, mi capitán. Permiso para retirarme.

—Adelante.

Cuando ya daba dos pasos hacia el galpón, Roca se incorporó, escupiendo.

—Subteniente...

—Ordene, mi capitán.

—Despierte a la tropa y sáquela afuera.

El oficial abrió enormemente los ojos.

—Mi capitán. Se han dormido hace cuarenta minutos... Están agotados.

—Deles un beso en la frente y un tirón de bolas. Obedezca.

El descanso se limitaba al escaso tiempo para el rancho, y al brevísimo lapso en que se echaban al suelo y quedaban dormidos. Este tiempo, estaba matemáticamente calculado. Por lo cual no había posibilidad alguna de charla o relación. Al instante en que el primer ronquido se elevaba, el incansable silbato de Roca ordenaba levantarse. Ningún ejercicio era explicado en sus objetivos. Lo entendían al realizarlo. Disparo a blanco inmóvil, disparo a blanco en movimiento, disparar cuerpo a tierra, disparar corriendo. Aprendieron a retener las ganas de orinar y defecar, envió a la mitad del grupo a la selva, y horas después, el resto salía en su búsqueda, siguiendo

el rastro de orina y heces, deduciendo por la consistencia, sequedad y olor, la distancia a la que se encontraban y el tiempo transcurrido desde su emisión.

Una noche, Roca sorprendió a cuatro jóvenes llorando. Sacó a todo el pelotón con el torso desnudo y lo tuvo el resto de la noche corriendo y echando cuerpo a tierra, sobre una colina cubierta de ortigas. “Estas serán las últimas lágrimas que vamos a ver en esta escuela de señoritas... Los hombres de Roca no lloran, los hombres de Roca odian, encuentran al enemigo y lo matan, pero no lloran”.

Por la mañana treinta pares de ojos relampagueaban de odio. Roca apareció con una radio y se plantó frente a la formación. A algunos el fusil le temblaba en las manos, no era difícil adivinar lo que pensaban.

—Por esta única vez, montones de mierda, voy a demostrarles lo que puede suceder si a alguno de ustedes se le ocurre ejecutar lo que están pensando.

Se llevó la radio a la cara y dictó unas coordenadas, culminando: ¡Fuego!

Oyeron un estallido lejano, luego un silbido y una granada de mortero estalló a escasos treinta metros de las espaldas del pelotón, que se echó a tierra.

—¡Arriba, putos de mierda! Ya saben, de aquí se sale conmigo o muerto. Ahora vamos a entrenar con fuego de mortero, y nuestras nenas de fino oído nos van a indicar hacia donde correr, de donde viene el disparo y la distancia. ¡Desplegarse!

Aquella fue una mañana espantosa. Por fin, reunió a la tropa al borde de la locura, agotada y mugrienta, para la hora del rancho. El subteniente, renqueante alcanzó a balbucear:

—Loco hijo de puta.

El capitán se volvió. Los soldados apretaron sus fusiles, temblorosos.

—Repita.

—Lo que oyó capitán... Son solo muchachos prisioneros.

Roca se quitó los correajes dejándolos caer al suelo.

—¿Quiere que lo castiguen los soldados con pichanilla o prefiere enfrentarse a este hijo de puta, oficialito de las pelotas?

El subteniente se quitó el casco y el equipo.

—La tropa se sienta.

—¡La tropa de pie, me cago en la puta que los parió! ¿Cree que tiene los huevos para enfrentarse a mí, subteniente?

—A saber... ¡Sáquese el casco, mi capitán!

El casco cayó al suelo. Una horrible cicatriz atravesaba el parietal derecho, desde la oreja al centro del cráneo. El otro no pudo contener un gesto de horror.

—Esto me lo hicieron en Cerro Aconquija, un mono del ERP. ¿Gozan, hijos de puta?

Estaba prisionero y me jugué el todo por el todo —extendió la mano y el sargento le puso en ella un revólver calibre 38—. Con esta pistola —sacó todas las balas y dejó una, haciendo girar el tambor—. Si pasaba me iba... Y el mono aceptó.

Se puso el caño en la sien y apretó el gatillo. El sargento se santiguó. Click.

Extendió la pistola al subteniente, que repitió la maniobra, girando el tambor y poniéndoselo en la sien. Cerró los ojos, temblando.

—El valor de tu enemigo te honra, me dijo, y me dejó ir. Dos días después nos volvimos a encontrar... Le corté los huevos y se los metí en la boca, antes de matarlo... Para el enemigo, ¡ni justicia!

El subteniente apretó el gatillo. No hubo detonación. Ciego de rabia, se arrojó contra Roca, que solo se hizo a un lado y aplicó una tremenda patada en los riñones. Lo levantó agarrándole del cabello.

—La rabia no sirve para el combate, estúpido oficialito. El odio activa la inteligencia, la rabia la anula.

Un puñetazo en la boca del estómago, un rodillazo en plena cara y el subteniente cayó al suelo, desmayado.

—Sargento —ordenó mientras se acomodaba el casco y escupía la cara del caído.

—Ordene, mi capitán.

—Que la tropa levante a este engrupido y lo lave. Permiso para bañarse, diez minutos y siesta de una hora.

El “baño”, era una laguna de aguas malolientes que en su miseria, la tropa agradecía. Todo fue infinitamente más brutal y alienante a partir de aquel día, el resultado fue un grupo de treinta eficaces soldados al borde de la locura, capaces de verdaderas proezas con sus sentidos, y una eficiencia letal con armas de fuego, cuchillos o tan solo su cuerpo.

El coronel Ustachi, aparecía de vez en cuando y comprobaba sobre el terreno aquella brutal eficacia. Pero una noche, apareció con un maletín y el rostro preocupado.

—La operación se adelanta, Roca.

—Mi coronel, solo tengo treinta, necesito por lo menos un año, y más hombres.

—La cosa está jodida. Vas a llevar tu grupo a aquella caleta que viste hace dos años.

—¿No integro la fuerza de ataque?

—Órdenes del propio presidente.

—Ese borracho de mierda no tiene ni puta idea.

Ustachi abrió una carpeta delante de sus ojos.

—Roca, por favor, si hay algo que representa peligro para vos, es tu jodida boca, por jetón, te estás jodiendo la carrera.

—Me la joden, pero mis huevos están ahí, mi coronel. Los hombres de esta carpeta no tienen experiencia en combate.

Ustachi puso un dedo en uno de los nombres.

—Lo conozco. Va a ser el primero en caer. Es valiente.

—Y vos un arrogante, ¡La puta que te parió! ¿Por qué no das al resto del ejército, la oportunidad de demostrar que tiene tanto huevo como vos?

—Por valiente es temerario... Los temerarios mueren primero. ¿Quiere apostar, mi coronel?

—Yo no apuesto por la vida de mis hombres, Roca, por favor.

Se acarició la cicatriz de la cabeza y apartó la carpeta de sus ojos.

—Yo puedo apostar por los míos... ¡Son los mejores! Pero todavía me falta una etapa.

—Los he visto, están preparados. ¿Que etapa te falta?

—Quebrarlos, mi coronel, anular su voluntad pero no su inteligencia.

—No hay tiempo. En dos días, salen en un Hércules para el sur. Bañálos y ponelos presentables. Dan asco. Menéndez está al tanto y va a pasar revista cuando lleguen.

El general encendió un “partagás” y saboreó con deleite.

—¿Que opinás Ustachi?

—Espectaculares, si se me permite la expresión, Mario. Pero están medio locos.

—Roca. Un elemento jodido.

—Lo conozco demasiado bien. Si triunfa puede ser un gravísimo problema.

—¿Vos creés?

—Puede sublevar a medio ejército, y dejar callado y quieto al otro medio, demasiada fama y demasiada bravura... Te cuento que casi mata al lechuguino que mandamos.

—Entonces podemos esperar que su tropa de locos lo cague a tiros, o el sargento, que debe estar hasta los cojones de él.

—El sargento no creo, pero el subteniente puede ser, aunque si choca con los ingleses, sus hombres estarán demasiado ocupados masacrando gringos.

—Van a estar solos e incomunicados. Podemos preparar la defensa tranquilos si él está lejos.

—¿Oficial de enlace?

—La operación es demasiado secreta. Hay murmuraciones en los cuarteles, sobre lo que está haciendo. No podemos correr riesgos.

—¿Quién?

—Lo tengo delante, Ustachi.

Era la noche del primero de abril, cuando les entregaron los hermosos Sig Sauer de largo alcance y mira telescópica de alta precisión. Estaban sentados en la panza del Hércules, que ronroneaba en la pista, con uniformes limpios y nuevos, equipo completo y comida para muchos días. El discurso fue corto y tajante.

“En la madrugada, recuperaremos las Malvinas. Nuestra misión será resguardar una cala ante un posible desembarco en operativo comando. Espero, que mi querida escuela de señoritas, se porte ahora como los mejores soldados del mundo, porque nos vamos a enfrentar a profesionales. La munición y las armas que la patria pone en sus manos, es cara y de fabricación especial para ustedes, así que, a cuidar y que cada bala disparada sea un enemigo menos... Soldados, ¡Comandos de Roca!: ¡Subordinación y valor!”.

—¡Para servir a la patria, mi capitán!

El barquero aceptó el cigarrillo que el sargento puso en su boca, aunque no fumaba, aspiró profundamente.

—Puede ser uno de los pocos placeres que nos queden, fenómeno —dijo el sargento.

De repente, se dio cuenta que estaba revisando mecánicamente su arma, desmontándola y volviendo a montar rápidamente. La universidad, el río, su enfermo amor, la vieja y querida Corrientes. Todo parecía ahora formar parte de un pasado muy lejano. Quería estudiar para curar y ahora lo mandaban a matar. Hizo una cruz con sus dedos y los besó, prometiéndose a sí mismo que, a cualquier precio, saldría vivo de aquello. Miró a sus compañeros. Alucinados, repetían sus propias maniobras con el arma, pero sus labios se movían... Rezaban.

Poco antes de aterrizar, Roca salió de la cabina gruñendo entre dientes. El sargento lo miró, interrogante.

—Yo le avisé a Ustachi...

—¿Qué cosa, mi capitán?

—El capitán Giachino... Acaba de morir.